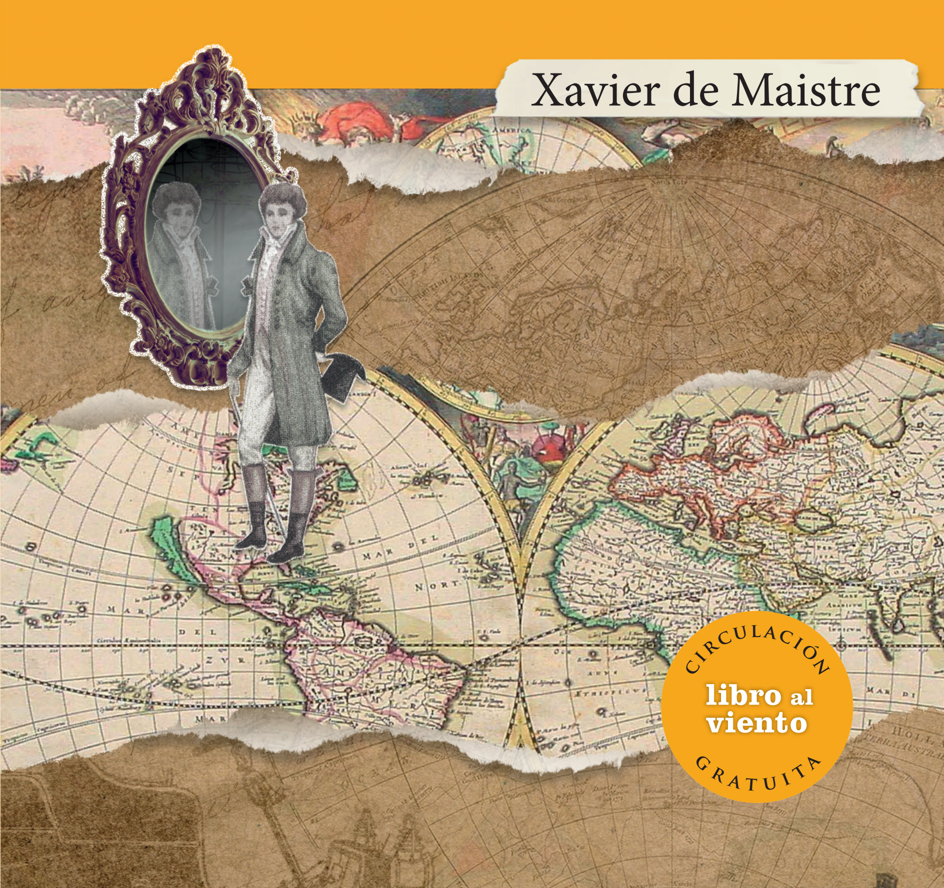
Viaje alrededor de mi habitación

Xavier de Maistre





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.





LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

Viaje alrededor de mi habitación

Xavier de Maistre

Primera edición: Bogotá, septiembre de 2020

Imagen carátula: Paula A. Gutiérrez, Collage. Imágenes usadas de: Freepick / mrsiraphol; Wikimedia Commons: *The New Student's Reference Work*, Chicago, 1914; Pixabay / Darkmoon.
Ilustraciones de portadillas: Freepik / macrovector.

Fredy Ordóñez, edición
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
978-958-5595-39-2, isbn
Formas e Impresos, Impresión
Impreso en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Contenido

PRESENTACIÓN

Sin salir de tu propia casa,
puedes conocer el mundo.

LAO-TSE, *Tao Te Ching*

En ocasiones el destino de ciertos libros es abrirse camino en la historia de la literatura, no importa la intención con que hayan sido escritos y sea lo que sea que signifique esa historia. Este es quizás el caso de *Viaje alrededor de mi habitación*. Su autor, el oficial saboyano Xavier de Maistre, debió pasar en su habitación, en Turín, un arresto domiciliario de 42 días —en el libro se abstiene de revelar los motivos, pero sabemos que fue a raíz de un duelo— y aprovechó para realizar un viaje que —asegura— había previsto hacía muchísimo tiempo y nunca había podido realizar: un viaje alrededor de su cuarto. Y con el ánimo de registrar esta travesía, escribió 42 capítulos, correspondientes a los 42 días de su confinamiento.

El resultado es un librito desenfadado, breve, imaginativo y seminal que en 1794, a espaldas suyas, publicó anónimamente su hermano mayor, Joseph

de Maistre —valga decirlo, dueño de una obra muy socorrida por los pensadores reaccionarios—. Y, pese a la poca importancia que le dio su autor, se convirtió en un éxito descomunal e involuntario. Enrique Vila-Matas cuenta que Xavier de Maistre pasó una vez por París "cuando ya tenía más de setenta años y quedó muy sorprendido al saber que allí era muy famoso y le adoraban. A los parisienses les había hechizado la originalidad de aquel viaje inmóvil y la ligereza cervantina del libro. Y él ni se había enterado. Había vivido años en Rusia sin saber que en Francia había producido estragos su viaje craneal. De hecho, le paraban por las calles de París y le preguntaba la gente de dónde había surgido aquel texto tan sorprendente. De un encierro, decía generalmente el conde, cabizbajo". Luego de escribir de este libro, Xavier de Maistre publicó al menos tres novelas más, entre esas una secuela de su libro (menos exitosa, pero igualmente impar): *Expedición nocturna alrededor de mi habitación* (*Expédition nocturne autor de ma chambre*, 1825), aunque en realidad se ganó la vida pintando retratos y paisajes en San Petersburgo; es decir, nunca dejó de observar y catalogar fielmente.

Con distancia irónica, evocando viajeros y recordando lecturas, pero sobre todo reflexionando, el protagonista, con el pretexto de explorar su cuarto,

hace un recorrido irrepetible —"nunca en línea recta"— por sus sensaciones y recuerdos. Entretanto, hace todos los descubrimientos que pueden caber en un libro brevísimo, uno de ellos —acaso el más clamoroso— es que no hace falta salir de la casa para ser dueño de las mayores riquezas: "¡Seis sillas, dos mesas, una mesa de despacho, un espejo! ¡Qué ostentación! Mi cama, sobre todo mi cama color rosa y blanco, y mis dos colchones, me parecían desafiar la magnificencia y la molicie de los monarcas de Asia". Además, nos cuenta su cotidianidad, reseña cada uno de sus cuadros, hace una apología de su cama y una aún mayor de su perra Rosina, revive lecturas, ensalza irónicamente el papel del espejo en la sociedad y plantea graciosa y metafísicamente esa dicotomía del cuerpo, que se mueve instintivamente (esa bestia), y el alma, que obra o sueña según las luces de su inteligencia y razón.

La originalidad de su propuesta, sumada a su graciosa y sobria ejecución, ha hecho que este libro haya contagiado de entusiasmo a muy variados autores (Borges —que lo cita sinuosamente en "El Aleph"—, Georges Perec, Marcel Proust, entre otros), haya fundado un género de viajes no convencionales y se siga leyendo con provecho más de dos siglos después ("No acabaría nunca si me pusiera a describir la milésima

parte de los sucesos singulares que me pasan cuando viajo junto a mi biblioteca").

¿De qué nos sirve leer ahora esta sátira aristocrática de los libros de aventura? Puede que por un día o durante un tiempo resulte conveniente que nos quedemos en nuestra habitación, o que sea preferible quedarse en casa —y que podamos hacerlo—, o que sea imperioso recluirnos y arrojar luces sobre lo que tenemos más cerca. En cualquiera de estos casos, se nos revela que este libro, más que un mero recuento personal y sumario de las posesiones de su autor, es una invitación a que hagamos un viaje similar, a las tierras más extrañas, salvajes e inhóspitas —nosotros mismos, nuestra imaginación—, siguiendo la pista de las ideas —"como el cazador sigue los rastros de la caza sin la afectación de perseguir ninguna senda"—, bien apoltronados en un sillón o dando pasos en zigzag de una pared a otra de nuestro cuarto.

Fredy Ordóñez

Viaje alrededor de mi habitación



1

¡Cuán glorioso es abrir una nueva carrera y aparecer súbitamente en el mundo de los sabios con un libro de descubrimientos en la mano, así como un cometa inesperado refulge en el espacio!

No, no guardaré por más tiempo mi libro para mí solamente; aquí está, señores, léanlo. He emprendido y realizado un viaje de cuarenta y dos días alrededor de mi cuarto. Las observaciones interesantes que he hecho y el placer continuo que he experimentado a lo largo del camino me hacían desear darlo al público; la seguridad de ser útil me ha decidido a esto. Mi corazón siente una satisfacción imposible de explicar cuando pienso en el número infinito de infortunados a quienes ofrezco un recurso seguro contra el fastidio y un dulce lenitivo a los males que padecen. El placer que uno halla en viajar por su cuarto está al abrigo de la envidia inquieta de los hombres; es independiente de su fortuna. ¿Es posible, en efecto, ser

tan desgraciado, hallarse tan abandonado, que no se tenga un refugio donde poder retirarse y ocultarse a las gentes? He aquí todos los preparativos del viaje.

Seguro estoy de que todo hombre sensato adoptará mi sistema, cualquiera que sea su temperamento; ya sea avaro o pródigo, rico o pobre, joven o viejo, nacido en la zona tórrida o en las proximidades del polo, puede viajar como lo hago yo; en fin, en la misma familia de los hombres que pululan sobre la faz de la tierra no hay uno solo, no, ni uno solo —claro está, de entre los que moran en una habitación—, que pueda, después de haber leído este libro, dejar de aprobar esta nueva manera de viajar que yo introduzco entre las gentes.

2

Podría comenzar el elogio de mi viaje por decir que no me ha costado nada; este punto merece atención. Desde luego, ha de ser recomendando, alabado por las gentes de un mediano pasar de fortuna; hay otra clase de hombres para quienes esto tiene una acogida aun mayor, por la misma razón de que no cuesta nada. ¿De quiénes estoy hablando? ¿Qué, acaso hace falta preguntarlo? ¡Pues de los ricos! Por otra parte, ¡qué recurso ofrece esta manera de viajar a los enfermos, que no tendrán que temer la intemperie del aire y de las estaciones! En cuanto a los miedosos, estarán al abrigo de ladrones; no hallarán precipicios ni zanjas. Miles de personas que antes de que yo realizara este viaje no se habrían atrevido a hacerlo, otros que no habrían podido, y otros, en fin, a quienes no se les habría ocurrido, van a decidirse a emprenderlo siguiendo mi ejemplo. ¿Vacilaría el ser más indolente en ponerse en camino conmigo para procurarse un

placer que no ha de costarle ni trabajos ni dinero? Ánimo, pues, partamos. Síganme todos ustedes que se sienten mortificados por un amor, o por una amistad negligente, confínense en su habitación, lejos de la ruindad y de la perfidia de los hombres. ¡Que todos los desgraciados, los enfermos y los aburridos del universo sigan mis pasos! ¡Que todos los perezosos se levanten en masa! Y ustedes, los que dan vueltas en su espíritu a proyectos siniestros de reforma o de retiro a causa de alguna infidelidad; ustedes los que en un tocador renuncian al mundo para siempre; y ustedes, amables anacoretas de una noche, vengan también; abandonen —créanme— esas negras ideas, pierden con ellas un instante para el placer, sin ganarlo para el buen juicio; dígnense a acompañarme en mi viaje; marcharemos a paso lento, riéndonos a lo largo del camino de los viajeros que han visto Roma y París; ningún obstáculo podrá detenernos; y abandonándonos alegremente a nuestra imaginación, la seguiremos por todas partes adonde le plazca llevarnos.

3

¡Hay tantas personas curiosas en el mundo! Estoy persuadido de que querrían saber por qué mi viaje alrededor de mi cuarto ha durado cuarenta y dos días, en vez de cuarenta y tres o de cualquier otro intervalo de tiempo. Pero ¿cómo se lo voy a decir al lector, si yo mismo lo ignoro? Todo lo que puedo asegurar es que si la obra es demasiado larga según su gusto, no ha dependido de mí hacerla más corta. Dejando a un lado toda vanidad de viajero, me habría contentado con un solo capítulo. Me encontraba, es cierto, en mi cuarto, con todo el placer de la comodidad posible, pero, ¡ay!, no era dueño de salir de él si tal era mi voluntad. Hasta creo que, sin la intervención de ciertas personas poderosas que se interesaban por mí, y hacia las cuales mi agradecimiento no se ha extinguido, habría tenido todo el tiempo necesario para dar a luz un voluminoso libro: hasta tal punto los protectores que me obligaban a viajar por mi cuarto estaban dispuestos en mi favor.

Y, sin embargo, lector discreto, considera cuán equivocados estaban esos hombres, y procura entender bien, si puedes, el razonamiento que voy a exponerte.

¿Hay nada más natural y más justo que reaccionar mal con un individuo que te da un pisotón sin querer, o que pronuncia sin mala intención una palabra mortificante en un momento de decepción por alguna imprudencia tuya, o a razón de que le gusta a tu amante?

Vamos al campo de honor, y allí, como hacía Nicole frente al burgués gentilhombre, trata uno de tirarse en cuarta cuando el adversario para en tercia; y a fin de que la venganza sea segura y completa, se le presenta al pecho al descubierto y se corre el riesgo de hacerse matar por el enemigo para vengarse de él. Se comprende que nada hay más lógico, y, no obstante, hay personas que desaprueban esta costumbre, tan digna de encomio. Pero lo que es tan lógico como todo lo demás es que esas mismas personas que la desaprueban, y que querrían que se la considerase como una falta grave, tratarían todavía peor al que se negase a cometerla. Más de un desgraciado, por seguir esta opinión, ha perdido su reputación y su empleo; de suerte que, cuando se tiene la desgracia de tener lo que se llama un "asunto de honor", no se haría mal en echar una moneda al aire para saber si se le debe terminar según las leyes o las costumbres;

y como las leyes y las costumbres son contradictorias, los jueces podrían también jugar a los dados el fallo. Y probablemente también hay que recurrir a una decisión de este género para explicar por qué y cómo mi viaje ha durado cuarenta y dos días justos y cabales.

4

Mi cuarto está situado a cuarenta y cinco grados de latitud, según las medidas del padre Beccaria; su dirección es de levante a poniente; forma un largo cuadrilátero que tiene treinta y seis pies de perímetro. Mi viaje tendrá más, no obstante, de esta dimensión, porque lo atravesaré con frecuencia de una punta a otra, o bien diagonalmente, sin sujeción a regla ni método. Incluso haré zigzags y recorreré todas las líneas posibles en geometría si la necesidad lo exige. No me agradan las gentes que son tan dueñas de sus pasos y de sus ideas que dicen: "Hoy haré tres visitas, escribiré cuatro cartas, acabaré este trabajo que he comenzado". ¡Mi alma está de tal modo abierta a toda clase de ideas, de gustos y de sentimientos, y recibe con tanta avidez todo cuando se presenta!… ¿Y por qué había de rechazar los goces que hay esparcidos en el camino difícil de la vida? Son tan raros, tan poco frecuentes, que sería necesario estar loco para

no detenerse, e incluso apartarse del camino, para ir por todos los que estén a nuestro alcance. Ninguno hay más atrayente, a mi ver, que seguir la pista de las ideas, como el cazador sigue los rastros de la caza sin la afectación de perseguir ninguna senda. Así, cuando viajo por mi cuarto, rara vez recorro una línea recta: voy desde la mesa hacia un cuadro colocado en un rincón; desde allí me dirijo oblicuamente para ir a la puerta; y sin importar que, al partir, mi intención era seguramente la de ir allí, si encuentro mi butaca en el camino, no me ando con remilgos y me siento cómodamente en seguida. Es un mueble excelente una butaca; es, sobre todo, útil para cualquier hombre meditativo. En las largas veladas de invierno es a veces dulce y siempre prudente arrellanarse suavemente, lejos del estrépito de las asambleas numerosas. Un fuego bien encendido, unos libros, una pluma, ¡qué recursos contra el aburrimiento! ¡Y qué placer también olvidar los libros y las plumas para atizar el fuego, entregándose a cualquier grave meditación, o rimando unos cuantos versos para distraer a los amigos! Las horas entonces se deslizan y caen en silencio en la eternidad sin hacer sentir su triste presagio.

5

Desde mi butaca, yendo hacia el norte, se descubre mi lecho, que está colocado en el fondo de mi cuarto y que forma la más agradable perspectiva. Está situado de la manera más ventajosa; los primeros rayos de sol vienen a juguetear en las cortinas. Los veo, en los hermosos días de verano, moverse a lo largo de la pared blanca a medida que el sol va elevándose; los olmos que hay enfrente de mi ventana los dividen de mil maneras y les hacen mecerse sobre mi cama, de color rosa y blanco, que esparce por todas partes un tono preciso de color al reflejar los rayos de sol. Percibo el arrullo confuso de las alondras que se han apoderado del techo de la casa, y de los otros pájaros que anidan en los olmos; entonces, mil ideas risueñas embargan mi espíritu, y en el universo entero nadie tiene un despertar tan agradable, tan apacible como el mío.

Confieso que gusto de disfrutar estos dulces instantes y que prolongo siempre todo lo posible el

placer que encuentro en meditar envuelto en el suave calor de la cama. ¿Existe un lecho que se preste más a la imaginación, que despierte más tiernas ideas, que ese mueble, en el cual a veces me olvido de todo? Lector modesto, no te asustes, pero ¿no podría yo, entonces, hablar de la felicidad de un amante que estrecha por vez primera en sus brazos a una esposa virtuosa? Placer inefable que mi infausto destino me condena a no disfrutar jamás. ¿No es en el lecho donde una madre embriagada de alegría por el nacimiento de su hijo olvida sus crueles dolores? Allí es donde los placeres fantásticos, frutos de la imaginación y de la esperanza, vienen a agitarnos. En fin, en este mueble delicioso es donde olvidamos durante una mitad de la vida los pesares de la otra mitad. Pero ¡qué multitud de pensamientos agradables y tristes se agolpan a la vez en mi cerebro! ¡Mezcla sorprendente de situaciones terribles y deliciosas!

Un lecho nos ve nacer y nos ve morir; es el teatro cambiante en que el género humano tan pronto representa dramas interesantes como farsas risibles o tragedias espantosas. Ya es una cuna con guirnaldas de flores, ya es el trono del amor, ya es un sepulcro.

6

Este capítulo está destinado enteramente a los metafísicos. Se trata en él de arrojar la luz más viva sobre la naturaleza del hombre: es el prisma mediante el cual se podrán analizar y descomponer las facultades del hombre al separar la potencia animal de los rayos puros de la inteligencia.

Me sería imposible explicar cómo y por qué me quemé los dedos en los primeros pasos que di al comienzo de mi viaje, sin explicar en todos sus pormenores al lector mi sistema "del alma y de la bestia". Este descubrimiento metafísico influye, por otra parte, de tal modo sobre mis ideas y sobre mis acciones, que sería muy difícil comprender este libro si yo no diera su clave desde el principio.

He advertido, gracias a diversas observaciones, que el hombre está compuesto por un alma y por una bestia. Estos dos seres son absolutamente distintos, pero de tal modo encajados el uno en el otro, o el uno

sobre el otro, que es preciso que el alma tenga cierta superioridad sobre la bestia para hallarse en estado de hacer su distinción mutua.

Me ha enseñado un viejo profesor —es uno de mis recuerdos más remotos— que Platón llamaba a la materia "el otro". Está muy bien; pero yo preferiría dar este nombre por excelencia a la bestia que va unida a nuestra alma. Esta substancia es la que realmente es "el otro" y la que, como un duendecillo, nos enreda de una manera tan extraña. Bien se nota así de modo muy sucinto que el hombre es doble; pero es, dicen, porque está compuesto de un alma y de un cuerpo, y se acusa a este cuerpo de no sé cuántas cosas, pero con muy poca razón seguramente, puesto que es tan incapaz de sentir como de pensar. A la bestia es a quien hay que imputarle estas cosas, a ese ser sensible, perfectamente distinto del alma, verdadero "individuo" que tiene su existencia aparte, sus gustos, sus inclinaciones, su voluntad, y que no está por encima de los demás animales más que porque está mejor educado y provisto de órganos más perfectos.

¡Señores y señoras, siéntanse orgullosos de su inteligencia todo lo que quieran, pero desconfíen mucho del "otro", sobre todo cuanto estén juntos!

He tenido no sé cuántas experiencias en las que concurrían estas dos criaturas homogéneas. Por

ejemplo, he visto claramente que el alma puede hacerse obedecer por la bestia, y otras en que por desgracia, en cambio, ésta obliga con mucha frecuencia al alma a obrar muy a pesar de sí misma. Conforme con las reglas, la una tiene el poder legislativo y la otra, el poder ejecutivo; no obstante, estos dos poderes se contrarían con frecuencia. El gran arte de un hombre de genio es saber educar bien a la bestia que hay en él, a fin de que pueda marchar sola, mientras que el alma, liberada de esta penosa concomitancia, pueda elevarse hasta el cielo.

Pero hay que aclarar esto valiéndose de un ejemplo.

Cuando ustedes, señores míos, leen un libro, y una idea más agradable entra de pronto en su imaginación, su alma se compenetra con ella enseguida y olvida el libro; mientras que sus ojos siguen maquinalmente las palabras y las líneas, acaban la página sin comprenderla y sin recordar lo que han leído. Proviene esto de que su alma, habiendo ordenado a su compañero servirle de lector, no le ha advertido de la corta ausencia que iba a hacer, de suerte que "el otro" continuaba la lectura que su alma ya no escuchaba.

7

¿No les parece claro esto? He aquí otro ejemplo: un día del pasado verano eché a andar para ir a la corte. Había estado pintando toda la mañana, y mi alma, complaciéndose en meditar sobre la pintura, dejó a la bestia el cuidado de transportarme al palacio del rey.

¡Qué sublime arte es la pintura!, pensaba mi alma; feliz aquel a quien conmueve el espectáculo de la Naturaleza, que no se ve obligado a pintar cuadros para vivir, que no pinta únicamente por pasatiempo, sino porque, sintiéndose conmovido por la majestad de una bella fisonomía y de los cambios admirables de la luz que se funde en mil matices sobre el rostro humano, procura acercarse en sus obras a los efectos sublimes de la Naturaleza. Dichoso también el pintor a quien el amor al paisaje arrastra a paseos solitarios, que sabe expresar sobre el lienzo el sentimiento de tristeza que le inspira un bosque sombrío o una campiña desierta. Sus producciones imitan y repro-

ducen la Naturaleza; crea mares nuevos y negras cavernas desconocidas bajo el sol; a una orden suya, verdes bosques surgen de la nada, el azul del cielo se refleja en sus cuadros, conoce el arte de agitar los aires y de hacer rugir las tempestades. Otras veces ofrece al ojo del espectador las campiñas deliciosas de la antigua Sicilia; nuestras ninfas, sobrecogidas de espanto, huyendo, a través de las malezas, de un sátiro que las persigue; templos de una arquitectura majestuosa elevan su frontispicio soberbio por encima del bosque sagrado que los circunda; la imaginación se pierde en los caminos silenciosos de ese país ideal; lejanías azuladas se confunden en el cielo, y el paisaje entero, reflejándose en las aguas de un manso río, forma un espectáculo que no hay palabras que puedan describir. Mientras mi alma hacía estas reflexiones, "el otro" seguía su camino, y Dios sabe adónde iba. En vez de ir a la corte, conforme a la orden recibida, se apartó de tal modo hacia la izquierda, que en el momento en que mi alma le volvió a alcanzar estaba en la puerta de la casa de la señora de Haut Castel, a media milla del palacio real.

Dejo al lector imaginarse lo que habría ocurrido si hubiera entrado solo en la morada de una tan hermosa dama.

8

Si bien es útil y agradable tener un alma desligada de la materia hasta el punto de hacerla viajar sólo cuando se estima a propósito, esta facultad tiene también sus inconvenientes. A ella es, por ejemplo, a quien debo la quemadura de que he hablado en los capítulos anteriores. De ordinario entrego a mi bestia el cuidado de los preparativos de mi desayuno; ella es la que se ocupa de tostar el pan y cortarlo en rebanadas; hace el café a las mil maravillas, y aun se lo toma con mucha frecuencia, sin que mi alma intervenga para nada, a menos que se entretenga en ver trabajar a la bestia; pero esto es raro y muy difícil de ejecutar, porque es fácil cuando se hace una operación mecánica cualquiera pensar en otra cosa muy diferente; pero es sumamente difícil mirarse a uno mismo accionando su obra, por decirlo así, o, para explicarse según mi sistema, emplear su alma en examinar la

marcha de su bestia. He aquí la más asombrosa tarea metafísica que el hombre pueda ejecutar.

Había yo colocado las tenacillas sobre las brasas para tostar el pan, y al poco rato, mientras mi alma viajaba, he aquí que un tizón ardiendo cae rodando sobre el fogón: mi pobre bestia llevó la mano para coger las tenacillas y me quemé los dedos.

9

Confío en haber desarrollado suficientemente mis ideas en los capítulos precedentes para hacer pensar al lector y para ponerle en disposición de hacer descubrimientos en esta brillante carrera; tendrá que sentirse satisfecho de sí mismo si llega un día a saber que su alma viaja sola; los placeres que esta facultad le procurará compensarán con creces los *quid pro quo* que podrían resultar de esto. ¿Hay un goce más halagador que el de extender así la existencia de uno, ocupar a la vez la tierra y los cielos y duplicar, por decirlo así, su propio ser? El deseo eterno y jamás satisfecho del hombre ¿no es aumentar su poder y sus facultades, querer estar donde no está, recordar lo pasado y vivir en lo por venir? Quiere mandar los ejércitos, presidir las academias; quiere ser adorado por mujeres hermosas; y si posee todo esto, añora los campos y la tranquilidad y envidia la dicha de la cabaña del pastor; sus proyectos, sus esperanzas,

fracasan sin cesar en los infortunios reales a que está sujeta la naturaleza humana; no le es dado hallar la felicidad. Un cuarto de hora de viaje en mi compañía le enseñará el camino.

¡Bah! ¿Tiene más que dejar a "la otra" esos miserables cuidados, esa ambición que le atormenta? Ven, mísero infeliz; haz un esfuerzo para romper la prisión, y desde lo alto del cielo al que voy a llevarte, desde el centro del orbe celeste y del empíreo, contempla a la bestia aherrojada en el mundo afanarse sola en la carrera tras la fortuna y los honores; mira con qué aire de gravedad marcha entre los hombres: la multitud se aparta con respeto y, créeme, nadie echará de ver que está sola; de lo que menos se cuida el tropel de las gentes en medio de las cuales discurre es de saber si tiene un alma o no, si piensa o no. Miles de mujeres sentimentales la amarán con frenesí, sin notarlo siquiera; puede hasta elevarse sin ayuda del alma hasta el más alto favor y alta fortuna. En fin: no me extrañaría en modo alguno si a tu vuelta del empíreo, tu alma, al volver a sus lares, se hallase en la bestia de un gran señor.

10

Que no se vaya a creer que en vez de cumplir mi palabra haciendo la descripción de mi viaje alrededor de mi cuarto hablo a tontas y a locas para salir del apuro; eso sería equivocarse por completo, puesto que mi viaje continúa realmente. Y mientras mi alma, replegándose en ella misma, recorría en el capítulo precedente los senderos tortuosos de la metafísica, yo estaba en mi butaca, sobre la cual me había echado de modo que sus dos pies anteriores estaban elevados a dos pulgadas del suelo, y columpiándome a derecha e izquierda y avanzando insensiblemente había llegado junto a la pared. Esta es la manera como viajo cuando no tengo prisa. Allí mi mano se había apoderado maquinalmente del retrato de la señora de Haut Castel, y "la otra" se entretenía en quitarle el polvo que lo recubría. Esta ocupación le proporcionaba un placer tranquilo, y este placer se hacía sentir en mi alma aunque estuviese perdida

por las vastas llanuras del cielo; porque conviene observar que cuando el espíritu viaja así por el espacio continúa siempre ligado a los sentidos por no sé qué lazo secreto; de suerte que, sin apartarse de sus ocupaciones, puede tomar parte en los goces apacibles de "la otra"; pero si este placer aumenta hasta cierto punto, o si algún espectáculo inesperado la conmueve, el alma vuelve enseguida a su sitio con la rapidez del relámpago.

Esto fue lo que me ocurrió mientras limpiaba el retrato.

A medida que el paño quitaba el polvo y dejaba aparecer unos rizos rubios y la guirnalda de rosas que los coronan, mi alma, desde el sol, adonde se había transportado, sintió un ligero estremecimiento y participó simpáticamente del deleite de mi corazón. Este deleite se hizo menos confuso y más vivo cuando el paño, con un solo golpe, descubrió la frente brillante de aquella encantadora fisonomía; mi alma estuvo a punto de abandonar los cielos para disfrutar de este espectáculo. Pero aunque se hubiera encontrado en los Campos Elíseos, aunque estuviera asistiendo a un concierto de querubines, no se habría quedado ni medio segundo cuando su compañera, prosiguiendo cada vez con más interés su tarea, tuvo la ocurrencia de coger una esponja mojada que le

tendían y pasarla de pronto sobre las cejas y los ojos, sobre la nariz, sobre las mejillas, sobre aquella boca —¡ah, Dios mío, el corazón me latía!—, sobre la barbilla, sobre el pecho; fue cosa de un momento; toda la figura pareció renacer y salir de la nada. Mi alma se precipitó desde el cielo como una estrella fugaz; encontró a "la otra" en su éxtasis embriagador y consiguió aumentarlo participando de él. Esta situación singular e imprevista hizo desaparecer para mí el espacio y el tiempo. Existí por un instante en el pasado y rejuvenecí, contra el orden de la Naturaleza. Sí, he aquí esta mujer adorada; es ella misma: la veo sonreírse; va a hablar para decir que me ama. ¡Qué mirada! ¡Ven que te estreche contra mi corazón, alma de mi vida, mi segundo ser! ¡Ven a participar de mi embriaguez y de mi felicidad! Aquello no fue más que un momento, pero fue embriagador; la fría razón no tardó en recuperar su imperio, y en lo que dura un abrir y cerrar de ojos envejecí un año entero; mi corazón se volvió frío, helado, y me encontré al nivel de la multitud de los indiferentes que gravitan sobre el globo.

11

No hay que anticipar los sucesos; el apresuramiento de comunicar al lector mi sistema del alma y de la bestia me ha hecho abandonar la descripción de mi cama más pronto de lo que debía; cuando la haya terminado volveré a mi viaje, en el punto en que lo he interrumpido en el capítulo anterior. Ruego solamente al lector que recuerde que hemos dejado a la “mitad de mí mismo” teniendo entre las manos el retrato de la señora de Haut Castel, junto a la pared, a cuatro pasos de mi mesa de despacho. Se me había olvidado, hablando de mi lecho, aconsejar —a todo el que pueda hacerlo— tener un lecho de color rosa y blanco; es cierto que los colores influyen sobre nosotros hasta el punto de alegrarnos o de entristecernos, según sus matices. El rosa y el blanco son dos colores consagrados al placer y a la felicidad. La Naturaleza, dándonos el rosa, le ha dado la corona del imperio de Flora; y cuando el cielo quiere anunciar un hermoso

día al mundo colorea las nubes con ese tono delicioso al salir el sol.

Una vez subimos fatigosamente a lo largo de una rápida cuesta; la amable Rosalía iba delante; su agilidad le prestaba alas; no podíamos seguirla. De pronto, cuando llegó al vértice del montículo, se volvió hacia nosotros para recobrar el aliento y se sonrió de nuestra lentitud. Acaso nunca los dos colores cuyo elogio estoy haciendo habían triunfado tan completamente. Sus mejillas arreboladas, sus labios de coral, sus dientes brillantes, su cuello de alabastro, sobre un fondo de verdor, atrajeron todas las miradas. Tuvimos que pararnos para contemplarla: nada digo de sus ojos azules ni de la mirada que lanzó sobre nosotros, porque me saldría de mi asunto y porque, además, nunca pienso en esto sino lo menos que me es posible. Me basta con haber dado el más hermoso ejemplo imaginable de la superioridad de estos dos colores sobre todos los demás y de su influencia sobre la felicidad de los hombres.

No iré por hoy más lejos. ¿Qué tema podría tratar que no resulte insípido? ¿Qué idea no queda borrada por esta idea? No sé siquiera cuándo podré reanudar mi trabajo. Si lo continúo y si el lector desea ver el fin, que se dirija al ángel distribuidor de los pensamientos y que le suplique no volver a mezclar

la imagen del aquel montículo entre la multitud de pensamientos desordenados que arroja sobre mí a cada instante. Sin esta precaución, se acabó mi viaje.

12

....

....

....

....

.... el montículo ....

....

....

....

....

13

Los esfuerzos son vanos; es preciso suspender el viaje y permanecer aquí a pesar mío; es una etapa militar.

14

Ya he dicho que me gusta singularmente meditar en el suave calor de mi cama y que su color agradable contribuye mucho al placer que en ella disfruto.

Para procurarme este placer, he dado a mi criado la orden de entrar en mi cuarto media hora antes de la que he designado para levantarme. Le oigo andar de puntillas y revolver por mi cuarto con discreción, y este ruido me da la sensación agradable de sentirme dormitar, placer delicado y desconocido para muchas personas.

Está uno bastante despierto para notar que no lo está por completo y para calcular completamente que la hora de los quehaceres y de los fastidios está todavía en el reloj de arena del tiempo. Insensiblemente, el buen hombre va metiendo más ruido: ¡es tan difícil guardar una perfecta compostura! Además, sabe que la hora fatal se aproxima. Echa un vistazo a mi reloj y hace tintinear los dijes para avi-

sarme; pero yo me hago el sordo; y para prolongar todavía esta hora deliciosa, no hay ninguna clase de estratagemas que deje de emplear contra ese pobre infeliz. Se me ocurren cien órdenes preliminares que darle para ganar tiempo. Bien sabe que estas órdenes, que le doy de bastante mal humor, no son más que pretextos para quedarme en la cama sin que parezca que lo deseo. Hace como que no lo nota, y yo se lo agradezco de verdad.

En fin: cuando he agotado todos los recursos, se adelanta en medio del cuarto y se planta con los brazos cruzados, en la más perfecta inmovilidad.

Hay que confesar que no es posible desaprobar mi pensamiento con más ingenio y discreción; así es que nunca resisto a esta invitación tácita; extiendo los brazos para atestiguarle que he comprendido y me siento en la cama.

Si el lector reflexiona acerca de la conducta de mi criado, podría convencerse de que, en ciertos asuntos delicados, la sencillez y el buen sentido valen infinitamente más que el espíritu más habilidoso. Me atrevo a asegurar que el discurso más estudiado sobre los inconvenientes de la pereza no me resolvería a salir tan rápidamente de mi cama como el mudo reproche del señor Joannetti.

Es todo un hombre de bien a carta cabal este señor Joannetti, y, al mismo tiempo, el hombre que más convenía entre todos a un viajero como yo. Está acostumbrado a los frecuentes viajes de mi alma, y nunca se ríe de las incongruencias de la "otra"; hasta la dirige algunas veces cuando está sola, de suerte que podría decirse entonces que está guiada por dos almas. Cuando ella se viste, por ejemplo, me avisa con una señal de que está a punto de ponerse las medias al revés o la casaca antes que la chaquetilla. Mi alma se ha entretenido con frecuencia en ver al pobre Joannetti correr en pos de la loca bajo los arcos de la ciudadela para advertirle que había olvidado el sombrero, y en otra ocasión el pañuelo.

Un día —¿lo confesaré?—, sin este fiel sirviente que le dio alcance debajo de la escalera, la atolondrada se encaminaba hacia la corte sin espada, tan altivamente como el gran maestro de ceremonias, empuñando la augusta varita.

15

—Toma, Joannetti, vuelve a colgar ese retrato.

Me había ayudado a limpiarlo y no se había enterado de todo lo que ha producido el capítulo del retrato ni más ni menos que de lo que pasa en la Luna. Él había sido quien, sin decirle nada, me estaba ayudando a limpiarme con una esponja y quien por este gesto, en apariencia indiferente, había hecho recorrer a mi alma cien millones de leguas en un instante. En vez de volver a ponerlo en su sitio, seguía con el retrato en la mano para pasarle otra vez el paño. Una dificultad, un problema por resolver, le daba un aire de curiosidad que no dejé de advertir. "¿Qué hay? —le dije—, ¿qué es lo que te llama la atención en ese retrato?" "¡Oh!, nada, señor." "¿Pero qué es?" Lo puso de pie sobre la mesa del despacho; luego, retrocediendo unos pasos: "Quisiera —dijo— que el señor me explicara por qué este retrato me está mirando siempre; por la mañana, cuando hago

la cama, su cara se vuelve hacia mí, y si me asomo al balcón me sigue mirando por el camino." "De suerte, Joannetti —le dije—, que si el cuarto estuviera lleno de gente, esta hermosa señora lanzaría sus miradas a todos lados y a todos los presentes a la vez?" "¡Oh, sí, señor!" "¿Sonreiría a todos los que van y vienen igual que a mí?" Joannetti no respondió nada. Me siento en el sillón y, bajando la cabeza, me entrego a las más serias meditaciones. ¡Qué rayo de luz! ¡Pobre amante! Mientras que tú te consumes lejos de tu amada, a cuyo lado ya has sido acaso reemplazado por otro, mientras tú fijas ávidamente tus ojos sobre su retrato y te imaginas —por lo menos en fotografía— ser el único que ella contempla, la pérfida efigie, tan infiel como el original, lanza sus miradas sobre todo lo que la rodea y sonríe a todo el mundo.

He aquí una semejanza moral entre ciertos retratos y sus modelos que ningún filósofo, ningún pintor, ningún observador había advertido todavía.

Voy avanzando de descubrimiento en descubrimiento.

16

Joannetti continuaba en la misma actitud, esperando la explicación que me había pedido. Saqué la cabeza del cuello de mi gabán de viaje, en donde la había hundido para meditar cómodamente y para recobrar la calma después de las tristes reflexiones que acababa de hacer. "¿No ves, Joannetti —le dije al cabo de un rato de silencio y volviendo el sillón del lado en que estaba—, no ves que, siendo un cuadro una superficie plana, los rayos de luz parten de cada punto de esta superficie?...". Joannetti, ante esta explicación, abrió de tal modo los ojos, que se le veía la córnea toda entera; tenía, además, la boca entreabierta; estos dos movimientos del semblante expresan, según Le Brun, el último periodo del asombro. Era mi bestia, sin duda, la que había emprendido semejante disertación; mi alma sabía demasiado bien que Joannetti ignoraba por completo lo que es una superficie plana, y más aún lo que son los rayos de la

luz; la prodigiosa dilatación de sus párpados hizo recobrar mi presencia de espíritu y volví a hundir la cabeza en el cuello de mi gabán de viaje, encogiéndola de tal manera, que conseguí esconderla casi del todo.

Resolví comer en aquel mismo sitio: la mañana iba ya muy avanzada; un paseo más por mi cuarto habría retrasado mi comida hasta que fuera de noche. Me deslicé hasta el borde del sillón y, poniendo los dos pies sobre la chimenea, esperé con paciencia que me sirvieran la comida. Es esta una postura deliciosa; creo que sería muy difícil encontrar otra que juntase tantas ventajas y que fuese tan cómoda para las estancias inevitables en un largo viaje.

Rosina, mi fiel perrita, no deja entonces nunca de venir a mordisquear los faldones de mi gabán de viaje para que la coja en brazos; encuentra en ellos un lecho ya arreglado y muy cómodo en el vértice del ángulo que forman las dos partes de mi cuerpo; el dibujo de una letra V representa maravillosamente mi situación. Rosina salta sobre mis rodillas si se le figura que tardo en cogerla; con frecuencia me la encuentro allí sin saber cómo ha venido. Mis manos se colocan instintivamente de la manera más favorable para su comodidad, ya sea que haya cierta simpatía entre esta amable bestia y la mía, ya sea que sólo el azar lo haga así; pero no creo en el azar, en ese triste

sistema, en esa palabra, que no significa nada. Creería más bien en el magnetismo, creería más bien en el martinismo. No; nunca creeré en el azar.

Son tan reales las relaciones que existen entre estos dos animales, que cuando pongo los dos pies en la chimenea distraídamente, cuando la hora de la comida está aún distante, y no pienso en modo alguno en continuar la etapa de mi viaje, Rosina sin embargo, al advertir este movimiento, revela el placer que siente meneando suavemente la cola; la discreción le hace estarse quieta, y la “otra”, que lo advierte, se lo agradece; aunque incapaces de razonar sobre las causas que lo produce, se establece entre ellas un diálogo mudo, una relación de sensación muy agradable y que no podría en absoluto ser atribuida al azar.

17

Que no se me acuse de no ser prolijo en los detalles; eso es muy propio de los viajeros. Cuando uno se pone en camino a subir el Mont Blanc, cuando se va a visitar la ancha hendedura de la tumba de Empédocles, no se olvida nunca de describir exactamente las más mínimas circunstancias: el número de personas, de mulos, la calidad de las provisiones, el excelente apetito de los viajeros; todo, en fin, hasta los traspiés de las cabalgaduras, se anota cuidadosamente en el diario para que sirva de instrucción al universo sedentario. Con arreglo a este principio, he resuelto hablar de mi querida Rosina, amable animal por quien tengo un verdadero afecto, y consagrarle un capítulo entero.

Hace seis años que vivimos juntos y, desde entonces, no ha habido el más ligero roce entre nosotros, o, si han surgido algunos insignificantes altercados entre ella y yo, confieso de buena fe que la

mayor parte de la culpa ha sido mía y que Rosina ha sido siempre la que ha dado los primeros pasos para la reconciliación.

Por la noche, cuando la he regañado, se retira tristemente y sin murmurar; al día siguiente, al amanecer, ya está junto a mi cama en una actitud respetuosa, y al menor movimiento de su amo, a la menor señal de despertar, anuncia su presencia el agitado batir de su cola contra mi mesa de noche.

¿Y por qué negaría yo mi afecto a este ser cariñoso, que no ha dejado nunca de quererme desde el día en que empezamos a vivir juntos? Sería incapaz de recordar la cantidad de personas que han tenido algún interés por mí y que me han olvidado. He tenido algunos amigos, varias amantes, un amplio número de relaciones y muchísimos conocidos, y ahora ya no soy nada para toda esta gente, que ha olvidado hasta mi nombre.

¡Cuántas protestas, cuántos ofrecimientos de servicios! ¡Yo podía contar con su fortuna, con una amistad eterna y sin reserva!

Mi querida Rosina, que no ha ofrecido sus servicios, me presta el más grande que se puede hacer a la humanidad: me amaba en otro tiempo y sigue amándome hoy. Así es que no tengo reparo en de-

cirlo: tengo por ella el mismo sentimiento que tengo por mis amigos.

Que digan las gentes lo que les venga en gana.

18

Hemos dejado a Joannetti en la actitud del asombro, inmóvil ante mí, esperando el fin de la sublime explicación que había comenzado.

Cuando me vio hundir de repente la cabeza en mi bata y acabar así mi explicación, no tuvo la menor duda de que me había detenido por falta de buenas razones y que él me había, por consiguiente, confundido con el problema que me había propuesto.

A pesar de la superioridad que esto le hacía adquirir sobre mí, no sintió el menor asomo de orgullo y no trató de aprovecharse de su ventaja. Tras un corto silencio, cogió el retrato, lo volvió a poner en su sitio y se retiró sin ruido andando de puntillas. Bien se daba cuenta de que su presencia era una especie de humillación para mí, y su delicadeza le sugirió retirarse sin dejarme advertirlo. Su conducta en esta ocasión me interesó vivamente e hizo que sintiera por él mayor afecto. Creo que también tendrá un si-

tio en el del lector, y si hay alguno bastante insensible para negárselo después de que haya leído el capítulo siguiente, será que el cielo le ha dado, sin duda, un corazón de mármol.

19

—¡Maldición… ¡ —le dije un día—. Ya van tres veces que le he mandado a usted a comprarme un cepillo. ¡Qué torpe, qué animal!

No respondió una palabra: nada había respondido antes a un exabrupto similar. “¡Es muy simple!”, me decía yo; no acababa de comprenderlo.

—Busque usted un paño para limpiarme los zapatos —le dije muy molesto. Aún no se había marchado y ya me arrepentía de haberle tratado tan bruscamente. Mi enfado se disipó por completo al ver el cuidado que ponía en sacudir el polvo de mis zapatos, sin tocar las medias; le puse la mano sobre el hombro en señal de reconciliación. “Cómo —me decía a mí mismo—, ¿hay, pues, hombres que limpian las botas de otros por dinero?”. Esta palabra, “dinero”, fue un rayo de luz que iluminó mi espíritu. Recordé de pronto que hacía mucho tiempo que no lo daba a mi criado.

—Joannetti —le dije retirando el pie—, ¿tiene usted dinero?

Una ligera sonrisa de justificación entreabrió sus labios al oír esta pregunta.

—No, señor; hace ocho días que no tengo un céntimo; he invertido todo lo que tenía para los gastos menudos del señor.

—¿Y el cepillo? ¿Sin duda es por eso?

Se sonrió otra vez. Habría podido decir a su amo: "No, no soy un atolondrado, un 'animal', como ha tenido usted la crueldad de decírselo a su fiel servidor. Págueme usted veintitrés libras, diez cuartos y cuatro céntimos que me debe, y le compraré el cepillo". Se dejó maltratar injustamente antes que exponer a su amo a avergonzarse de su violencia.

¡Que el cielo lo bendiga! Filósofos, cristianos, ¿han leído?

—Toma, Joannetti —le dije—, toma; vete a comprar el cepillo.

—Pero, señor, ¿va usted a quedarse así, con un zapato blanco y el otro negro?

—Ve, te digo, a comprar el cepillo; deja el zapato sin limpiar.

Se marchó; cogí el paño y limpié con satisfacción mi zapato izquierdo, sobre el cual dejé caer una lágrima de arrepentimiento.

20

Las paredes de mi cuarto están adornadas con estampas y cuadros que lo embellecen singularmente. Quisiera con toda mi alma hacerlos examinar al lector uno tras otro para entretenerle y distraerle mientras dura el camino que tenemos todavía que recorrer antes de llegar a mi mesa de despacho; pero es tan imposible explicar claramente un cuadro como hacer un retrato parecido siguiendo una descripción.

¡Qué emoción no sentiría, por ejemplo, contemplando la primera estampa que se presenta a los ojos! Vería a la infeliz Carlota limpiando lentamente y con manos temblorosas las pistolas de Alberto. Siniestros presentimientos y todas las angustias del amor sin esperanza y sin consuelo están impresos en su semblante, mientras que el frío Alberto, ante un montón de papeles de curia y documentos de todo género, vuelve la cara fríamente para desear un feliz viaje a su amigo.

21

Un amigo tenía yo: la muerte me lo ha arrebatado; se lo llevó al principio de su carrera, cuando ya su amistad había llegado a ser una necesidad imperiosa para mi corazón. Nos ayudábamos mutuamente en los penosos trabajos de la guerra; no teníamos más que una pipa para los dos; bebíamos en la misma copa, dormíamos bajo la misma tienda, y en las circunstancias infortunadas en que estábamos, el sitio en que vivíamos juntos era para nosotros una nueva patria; le he visto teniendo que luchar contra todos los peligros de la guerra, y de una guerra catastrófica. La muerte parecía perdonarnos la vida al uno y al otro; agotó mil veces sus dardos en torno suyo sin alcanzarle; pero era para hacerme su pérdida más dolorosa. El tumulto de las armas, el entusiasmo que se apodera del alma ante el peligro, habrían quizá impedido que sus gritos llegasen hasta mi corazón. Si su muerte hubiese sido útil a su país y funesta

para los enemigos, yo le recordaría con menos dolor. Pero perderle en medio de las delicias de un acuartelamiento de invierno, verle expirar en mis brazos cuando parecía rebosar de salud, en el momento en que nuestra amistad se estrechaba aún más en el reposo y la tranquilidad… ¡Ah! ¡Nunca me consolaré! No obstante, su memoria no vive más que en mi corazón; no existe ya entre los que le rodeaban y le han reemplazado; esta idea me hace más penoso el sentimiento de su pérdida. La Naturaleza, indiferente por igual a la suerte de los individuos, vuelve a revestir su ropaje de primavera y se engalana con toda su belleza en torno al cementerio en que él reposa. Los árboles se cubren de hojas y entrelazan sus ramas; los pájaros cantan en la enramada; las moscas zumban entre las flores; todo respira alegría y vida en la mansión de la muerte; y de noche, mientras la Luna brilla en el cielo y yo medito junto a este triste lugar, oigo al grillo reanudar alegremente su canto infatigable, escondido bajo la hierba que cubre la tumba silenciosa de mi amigo. La destrucción insensible de los seres y todas las desgracias de la humanidad no entran para nada en las cuentas del gran todo. La muerte de un hombre sensible que expira en medio de sus amigos desolados, y la de una mariposa que el aire frío de la mañana hace perecer en el cáliz de una flor, son dos

episodios semejantes en el curso de la naturaleza. El hombre no es más que un fantasma, una sombra, un vaho que se disipa en los cielos…

Sin embargo, el alba comienza a blanquear en el cielo y las negras ideas que me agitaban se desvanecen con la noche, y la esperanza renace en mi corazón. No; aquel que inunda así el Oriente de luz no la ha hecho de la nada. Aquel que extendió ese horizonte inconmensurable, aquel que elevó esas masas enormes de las cuales el Sol dora las cimas heladas, es también el que ha ordenado a mi corazón latir, y a mi espíritu, pensar.

No; mi amigo no ha entrado en la nada; cualquiera que sea la barrera que nos separa, volveré a verle. No fundo mi esperanza en un silogismo. El vuelo de un insecto que atraviesa los aires basta para persuadirme, y con frecuencia el aspecto de la campiña, el perfume del aire y no sé qué encanto difundido en torno de mí elevan de tal modo mis pensamientos, que una prueba irrefutable de la inmortalidad entra con violencia en mi alma y la llena toda entera.

22

Hace mucho tiempo que el capítulo que acabo de escribir se presentaba a mi pluma, y siempre lo había rechazado. Me había prometido no dejar ver en este libro más que el lado risueño de mi alma, pero este proyecto se me ha malogrado, como tantos otros; confío en que el lector sensible me perdonará haberle hecho derramar algunas lágrimas, y si alguno estimase que en verdad[1] hubiera podido quitar este triste capítulo, puede rasgarlo en el ejemplar que posea, o bien aun echar al fuego el libro.

Me basta con que responda a estos deseos de tu corazón, mi querida Jenny; tú, la mejor y la más amada de las mujeres; tú, la mejor y la más amada de las hermanas; a ti es a quien dedico mi obra; si merece tu aprobación, tendrá la de todos los cora-

---

1 Véase la novela *Werther*, carta XXVIII, 12 de agosto.

zones sensibles y delicados, y si perdonas las locuras que se me escapan a veces, a pesar mío, desafío a todos los censores del universo.

23

No diré más que una palabra de la estampa que sigue:

Es la familia del desgraciado Ugolino muriendo de hambre; junto a él, uno de sus hijos está tendido sin movimiento a sus pies; los otros extienden hacia él sus brazos enflaquecidos y le piden pan, mientras que el infeliz padre, apoyado en una columna de la prisión, la mirada fija y extraviada, el rostro inmóvil, en la horrible tranquilidad que da el último periodo de la desesperación, se muere a la vez de su propia muerte y de la de todos sus hijos y sufre todo cuanto puede sufrir la naturaleza humana.

¡Valiente caballero de Assas, ahí estás, expirante, traspasado por cien bayonetas, con un esfuerzo de bravura, con un heroísmo que no se conoce ya en nuestros días!

Y tú, la que lloras bajo esas palmeras, desgraciada negra. Tú, a quien un bárbaro que sin duda no era inglés ha traicionado y abandonado, ¿qué digo?,

tú, a quien ha tenido la crueldad de vender como a una vil esclava a pesar de tu amor y de tus servicios, a pesar del fruto de su amor que llevas en tu seno, no pasaré por delante de tu imagen sin rendirte el homenaje debido a su insensibilidad y a tus infortunios.

Detengámonos un momento ante este otro cuadro: representa una muchacha que está sola guardando el rebaño sobre la cima de los Alpes; está sentada en un viejo tronco de roble; los pies de la pastora están recubiertos por las anchas hojas de un ramo de cacalia, cuya flor lila se eleva por encima de su cabeza. La hierbaluisa, el mirto, la anémona, la centaurea, flores de todas las clases que se cultivan con trabajo en nuestros invernaderos y nuestros jardines y que nacen en los Alpes en toda su belleza primitiva, forman la alfombra brillante sobre la cual deambulan las ovejas. Amable pastora, dime: ¿dónde se encuentra el feliz rincón de la tierra que tú habitas?, ¿de qué lejana morada has salido esta mañana al despuntar el día?, ¿no podría ir yo a vivir contigo? Pero, ¡ay!, la dulce tranquilidad de que disfrutas no tardará en disiparse; el demonio de la guerra, no contento con asolar las ciudades, pronto llevará el desconcierto y el terror hasta tu solitario retiro. Ya los soldados avanzan; los veo subir de monte tras monte y acercarse a las nubes. El ruido del cañón se deja oír en

la mansión elevada del terreno. Huye, pastora, apura tu rebaño, escóndete en los antros más retirados y más silvestres: no hay ya más reposo sobre esta triste tierra.

24

No sé cómo me pasa: desde hace algún tiempo los capítulos que escribo acaban siempre en un tono siniestro. En vano poso mi mirada al comenzarlos sobre algún objeto agradable; en vano me embarco con buen tiempo: no tardo en verme envuelto por la borrasca, que me desvía de mi ruta. Para poner fin a esta agitación, que no me deja dueño de mis ideas, y para apaciguar los latidos de mi corazón, agitado por tantas imágenes enternecedoras, no veo más remedio que una disertación. Sí; quiero poner ese pedazo de hielo sobre mi corazón.

Y esta disertación la haré sobre la pintura, porque no hay medio de disertar sobre cualquier otro asunto. No puedo descender por completo del punto al que me había remontado hace un momento; además, ese es el caballo de batalla de mi tío Tobie.

Quisiera decir de paso algunas palabras acerca de la preeminencia del arte delicioso de la pintura

con respecto al de la música; sí: quiero poner algo en la balanza, aunque no sea más que un grano de arena, un átomo.

Se dice a favor del pintor que deja algo que perdura; sus cuadros le sobreviven y eternizan su memoria.

Se responde que los compositores de música dejan también óperas y piezas de concierto, pero la música está sujeta a la moda, y la pintura, no.

Las piezas de música que enternecían a nuestros abuelos son ridículas para los aficionados de nuestros días, y se las pone en las zarzuelas bufas para hacer reír a los nietos de aquellos a los que antaño hicieron llorar.

Los cuadros de Rafael serán siempre un encanto para la posteridad, como han hecho las delicias de nuestros abuelos.

Ahí está mi grano de arena.

25

—¿Pero a mí qué me importa —me dijo en una ocasión la señora de Haut Castel— que la música de Cherubini o de Cimarosa sea diferente de la de sus predecesores? ¿Qué me importa que la música de tiempos pasados me haga reír, con tal de que la nueva me emocione deliciosamente? ¿Es entonces necesario para mi felicidad que mis placeres sean semejantes a los de mi tatarabuela? ¿A qué viene usted con la pintura, con un arte que no es apreciado más que por una clase muy reducida de personas, mientras que la música seduce a todo lo que respira?

No estoy bien seguro, así de pronto, de lo que podría responderme a esta observación, la cual no me esperaba al comenzar este capítulo.

Si la hubiese previsto, quizá no hubiera emprendido esta disertación. Y que no se tome esto como un estratagema de músico. No soy músico, palabra de

honor; no, no soy músico; pongo por testigo al cielo y a todos los que me han oído tocar el violín.

Pero suponiendo el mérito del arte igual por ambas partes, no habría que apresurarse a concluir del mérito del arte el mérito del artista. Vemos a niños tocar el clave como grandes maestros; no se ha visto jamás un buen pintor de doce años. La pintura, además del buen gusto y del sentimiento, exige una cabeza que piense, sin la cual pueden pasarse los músicos. Vemos todos los días hombres sin cerebro ni corazón sacar de un violín, de un arpa, sonidos melodiosos que transportan nuestras almas.

Se puede enseñar a la bestia humana a tocar el clave, y cuando la ha educado un buen maestro, el alma puede viajar a su gusto mientras los dedos arrancan maquinalmente sonidos sin que ella intervenga para nada. No se podría, por el contrario, pintar la cosa más sencilla sin que el alma emplee todas sus facultades.

Si, no obstante, hubiera quien pretendiese establecer una distinción entre la música de composición y la de ejecución, confieso que me pondría en un aprieto. ¡Ay!, si todos los que disertan obraran de buena fe, de este modo acabarían todas. Al principiar el examen de una cuestión se adopta de ordinario un tono dogmático, porque está uno en sus adentros ya

decidido, como yo lo estaba realmente a favor de la pintura, a pesar de mi hipócrita imparcialidad, pero la discusión suscita la objeción, y todo acaba en la duda.

26

Ahora que estoy más tranquilo, voy a tratar de hablar sin emoción de los dos retratos que siguen al cuadro de la “Pastora de los Alpes”.

¡Rafael! Tu retrato no podría ser pintado más que por ti mismo. ¿Quién otro se hubiera atrevido a acometerlo? Tu semblante abierto, sensible, espiritual, anuncia tu carácter y tu genio.

Para complacer a tu sombra he puesto a tu lado el retrato de tu amada, a quien todos los hombres de todos los siglos pedirán eternamente cuenta de las obras sublimes de las que tu prematura muerte ha privado al arte.

Cuando examino el retrato de Rafael me siento poseído por un respeto casi religioso hacia este gran hombre, que en la flor de la edad había superado a toda la antigüedad, y cuyos cuadros suscitan la admiración y la desesperación de los artistas modernos. Mi alma, admirándolos, siente un impulso de

indignación contra esa italiana que prefirió su amor a su amante y que extinguió en su seno esa antorcha celeste, ese genio divino.

¡Desgraciada! ¿No sabías, pues, que Rafael había anunciado un cuadro superior al de la "Transfiguración"? ¿No sabías que estrechabas en tus brazos al preferido de la naturaleza, al padre del entusiasmo, un genio sublime, un dios?

Mientras que mi alma hace estas observaciones, su "compañera", fijando una mirada atenta sobre el rostro seductor de esta funesta beldad, se siente por completo dispuesta a perdonarle la muerte de Rafael.

27

Las estampas y los cuadros de que vengo hablando quedan en segundo término y desaparecen a la primera ojeada dirigida al cuadro siguiente; las obras maravillosas de Rafael, del Correggio y de toda la escuela de Italia no podrían sostener el paralelo. Así es que siempre lo reservo para la última parte, la última pieza de reserva, cuando procuro a algunos curiosos el placer de viajar conmigo; y puedo asegurar que, desde que muestro este cuadro sublime a los peritos y a los ignorantes, a los hombres de mundo, a los artesanos, a las mujeres y a los niños, e incluso a los animales, siempre he visto a los espectadores, sin importar quiénes sean, dar, cada cual a su modo, señales de placer y asombro —hasta tal punto la naturaleza se halla en él admirablemente expresada—.

¡Ah!, ¿qué cuadro podría presentarles, señores, qué espectáculo se podría poner ante los ojos de ustedes, señoras, más seguro de obtener su aprobación,

que la fiel representación de ustedes mismos? El cuadro del que hablo es un espejo, y a nadie hasta ahora se le ha ocurrido criticarlo; es para todos los que lo miran un cuadro perfecto, y para el cual no existe ningún reparo.

Se convendrá, sin duda, en que debe ser contado como una de las maravillas de la región a través de la cual me paseo.

Omitiré el placer que siente el hombre entendido en física meditando sobre los extraños fenómenos de la luz, que reproduce todos los objetos de la naturaleza sobre esta superficie pulimentada. El espejo presenta al viajero sedentario mil reflexiones interesantes, mil observaciones, que le hacen útil y precioso un objeto.

Ustedes a quienes el amor ha sometido o todavía somete a su imperio sepan que es ante un espejo donde el amor afila sus dardos y medita sus crueldades; allí es donde se entrena en sus maniobras, allí estudia sus movimientos, allí se prepara de antemano a la guerra que quiere declarar; allí es donde ejercita las dulces miradas, los gustos mimosos y los sabios enfados, como un actor se ejercita frente a sí mismo antes de presentarse en público. Siempre imparcial y verídico, un espejo transmite a los ojos del espectador las rosas de la juventud y las arrugas de la edad,

sin calumniar ni halagar a nadie. Él solo, entre todos los consejeros de los poderosos de la tierra, les dice constantemente la verdad.

Esta ventaja me había hecho desear el invento de un espejo moral, en el cual todos los hombres podrían verse con sus vicios y sus virtudes. Hasta pensaba en proponer un premio a cualquier ambicioso, para este descubrimiento, cuando maduras reflexiones me han probado lo inútil de este propósito.

¡Ay! ¡Es tan raro que la fealdad se reconozca y rompa el espejo! En vano los espejos se multiplican en torno nuestro y reflejan con una exactitud geométrica la luz de la verdad; en el momento en que los rayos de luz penetran en nuestros ojos y van a pintarnos tal como somos, el amor propio desliza su prisma engañoso entre nosotros y nuestra imagen y nos presenta una divinidad.

Y entre los prismas que han existido desde el primero que salió de las manos del inmortal Newton, ninguno ha poseído una fuerza de refracción tan poderosa ni ha producido colores tan agradables y tan vivos como el prisma del amor propio.

Ahora bien, puesto que los espejos ordinarios proclaman en vano la verdad, y que cada cual está contento de su semblante; puesto que no pueden hacer conocer a los hombres sus imperfecciones físicas,

¿para qué serviría un espejo moral? Pocas serían las gentes que lo mirasen, y nadie se reconocería en él, excepto los filósofos. Y hasta tengo mis dudas con respecto a estos mismos.

Tomando el espejo tal como es, confío en que nadie me censurará haberle puesto por encima de todos los cuadros de la escuela de Italia. Las damas, cuyo buen gusto no puede ser falso, y cuya decisión debe dictar reglas en todo, echan siempre su primer vistazo sobre este cuadro al entrar en una habitación.

He visto mil veces a las damas, e incluso a jovenzuelos presumidos, olvidar en pleno baile a sus amantes o a sus queridas, el baile y todos los placeres de la fiesta, para contemplar con verdadera fruición ese cuadro seductor y hasta dirigirle de vez en cuando una mirada en medio de la danza más animada.

¿Quién podría, pues, disputarle el rango que le concedo entre las obras maestras del arte de Apeles?

28

Había llegado por fin junto a la mesa de mi despacho; ya casi alargando el brazo habría podido tocar el ángulo más próximo a mí, cuando me vi a punto de ver destruido el fruto de todos mis trabajos y de perder la vida. Debería omitir el accidente que me sucedió para no desanimar a los viajeros, pero es tan difícil volcar en la diligencia de que me sirvo, que será necesario convenir en que hay que ser desgraciado en extremo, todo lo desgraciado que yo soy, para correr semejante peligro. Me encontré tendido en el suelo, completamente volcado y caído; y esto, tan de repente, tan inopinadamente, que habría tenido la tentación de poner en duda mi desgracia si un tintineo en la cabeza y un intenso dolor en el hombro izquierdo no me hubieran con harta violencia probado la autenticidad del accidente.

Fue también una mala jugarreta de mi "mitad". Asustada por la voz de un pobre que pidió de repente

limosna en la puerta de mi cuarto, y por los ladridos de Rosina, hizo girar bruscamente mi sillón antes de que mi alma tuviera tiempo de advertirle que faltaba detrás un ladrillo; el impulso fue tan brusco, que mi diligencia se encontró absolutamente fuera de su centro de gravedad y cayó sobre mí.

He aquí, lo reconozco, una de las ocasiones en que he tenido que quejarme con más fundamento de mi alma, puesto que en vez de enfadarse por la ausencia que acababa de tener y regañar a su compañera por su precipitación, se volvió hasta el punto de participar en el resentimiento más "animal" y de maltratar de palabra a aquel pobre inocente.

"—Holgazán, váyase usted a trabajar —le dijo (apóstrofe execrable, inventado por la avara y cruel riqueza).

"—Señor —dijo entonces para excitar mi compasión—, soy de Chambery…

"—Tanto peor para usted.

"—Yo soy Santiago, el que ha visto usted en el campo…

"—¿A qué viene usted aquí?"

Mi alma empezaba a arrepentirse de la brutalidad de mis primeras palabras. Aun creo que ya se había arrepentido un momento antes de dejarlas escapar. Así es como, cuando se encuentra de improviso,

en la carrera que uno persigue, un foso o un lodazal, lo vemos, pero no tenemos tiempo de evitar la caída.

Rosina acabó de volverme al buen sentido y al arrepentimiento: había reconocido a Santiago, que con frecuencia había partido el pan con ella, y le atestiguaba con sus caricias su recuerdo y su gratitud.

Mientras tanto, Joannetti, que había recogido los restos de mi cena destinados a él, se los dio sin vacilar a Santiago.

¡Pobre Joannetti!

Así es como en mi viaje voy tomando lecciones de filosofía y de humanidad de mi criado y de mi perra.

29

Antes de continuar, quiero despejar una duda que podría haberse introducido en el espíritu de mis lectores.

No quisiera por nada del mundo que se supusiera que había emprendido este viaje únicamente por no saber qué hacer y obligado en cierto modo por las circunstancias; confieso aquí, y lo juro por todo lo que me es querido, que tenía el propósito de emprenderlo mucho antes del suceso que me ha hecho perder la libertad durante cuarenta y dos días. Este retiro forzoso no fue más que una ocasión de ponerme en camino antes de lo proyectado.

Ya sé que la protesta gratuita que hago aquí parecerá sospechosa a ciertas gentes, pero sé también que las gentes suspicaces no leerán este libro: ya tienen bastante en que ocuparse con sus cosas y con sus amigos; tienen otros muchos quehaceres muy distintos; y las gentes sencillas me creerán.

Convengo, no obstante, en que hubiera preferido ocuparme de este viaje en otra ocasión y que hubiera escogido para realizarlo la Cuaresma, de preferencia durante el Carnaval; sin embargo, las reflexiones filosóficas que me han venido del cielo me han ayudado mucho a soportar la privación de los placeres que Turín ofrece muy numerosos en estos días de ruido y de bullicio. Es bien cierto —me decía yo— que las paredes de mi cuarto no están tan magníficamente decoradas como las de un salón de baile; el silencio de mi celda no vale tanto como el agradable ruido de la música y el baile; pero entre los brillantes personajes que concurren a estas fiestas hay seguramente quienes están más aburridos que yo.

¿Y por qué me empeñaría en considerar a los que están en una situación más agradable, mientras que en el mundo pululan gentes más desgraciadas de lo que yo lo soy en la mía? En vez de transportarme con mi imaginación a aquel soberbio camino en el que las beldades son eclipsadas por la joven Eugenia, para sentirme feliz no tengo más que detenerme un instante a lo largo de las calles del camino. Un montón de infortunados, tumbados, medio desnudos, en los pórticos de esas mansiones suntuosas, parece que van a morir de frío y de miseria. ¡Qué espectáculo! Quisiera que esta página de mi libro fuese conocida por

todo el universo; quisiera que las gentes supieran que en esta ciudad, en que todo respira opulencia, durante las noches más frías del invierno una multitud de desventurados duerme a la intemperie, la cabeza apoyada sobre un poste o sobre el quicio de un palacio.

Aquí hay un grupo de niños apretándose unos contra otros para no morir de frío. Allí hay una mujer tiritando y sin voz para quejarse. Los transeúntes van y vienen sin sentirse conmovidos por un espectáculo al cual están acostumbrados. El ruido de las carrozas, la voz de la intemperancia, los sonidos deliciosos de la música, se mezclan a veces con los clamores de esos desgraciados y forman una horrible disonancia.

30

El que se precipitara a juzgar una ciudad según lo dicho en el capítulo precedente se equivocaría por completo. He hablado de los pobres que se encuentran, de sus clamores lastimosos y de la indiferencia de ciertas gentes para con ellos, pero no he dicho nada de la multitud de hombres caritativos que duermen mientras los demás se divierten y que se levantan al rayar el día y van a socorrer al infortunado sin testigos y sin ostentación. No, no pasaré esto en silencio; quiero escribirlo a la vuelta de la página que "todo el universo debe leer".

Después de haber compartido así su fortuna con sus hermanos, después de haber vertido el bálsamo en esos corazones desgarrados por el dolor, van a las iglesias, mientras que el vicio fatigado duerme sobre las almohadas, a ofrecer a Dios sus rezos y a rendirle gracias por sus beneficios. La luz de la lámpara solitaria lucha aún en el templo con el día naciente, y ya

están prosternados al pie de los altares; y el Eterno, irritado por la dureza y la avaricia de los hombres, contiene el rayo de su cólera, pronto a herir.

31

He querido decir algunas palabras de esos desgraciados en mi viaje, porque la idea de su miseria ha venido con frecuencia a distraerme del camino. A veces, pensando en la diferencia de su situación y de la mía, paraba de pronto mi berlina, y mi cuarto me parecía prodigiosamente embellecido. ¡Qué lujo inútil! ¡Seis sillas, dos mesas, una mesa de despacho, un espejo! ¡Qué ostentación! Mi cama, sobre todo mi cama color rosa y blanco, y mis dos colchones, me parecían desafiar la magnificencia y la molicie de los monarcas de Asia. Estas reflexiones me hacían indiferentes los placeres que me estaban prohibidos, y, de reflexión en reflexión, mi arrebato filosófico llegaba a tales extremos, que habría visto un baile en el cuarto de al lado, habría oído el son de los violines y de los clarinetes, sin moverme de mi sitio; habría oído bien claramente la voz melodiosa de Marchesini, esa voz que con frecuencia me ha transportado fuera de mí

mismo; sí, la hubiera oído sin estremecerme, y, más aún, hubiera contemplado sin la menor emoción a la más hermosa mujer de Turín, a la misma Eugenia, engalanada de pies a cabeza gracias a los oficios de la más famosa modista. Eso último no es, sin embargo, muy seguro.

32

Pero permítanme que les pregunte, señores míos: ¿se divierten lo mismo que antaño en el baile y en el teatro? En cuanto a mí, les confieso, desde hace algún tiempo todas las reuniones numerosas me inspiran cierto terror. Me asalta en ellas un ensueño siniestro; en vano me esfuerzo por alejarlo, pero vuelve sin cesar. Es quizá porque el alma, inundada hoy por ideas negras y cuadros desgarradores, encuentra por todas partes motivos de tristeza, como un estómago estragado convierte en venenos los alimentos más sanos; por lo que sea, he aquí mi sueño: cuando estoy en una de esas fiestas, en medio de esa multitud de hombres amables y afectuosos que danzan, que cantan, que lloran en las representaciones de las tragedias, que no manifiestan más que la alegría, la franqueza y la cordialidad, me digo: si en esta reunión irrumpiese de pronto un oso blanco, un filósofo, un tigre, o cualquier otro animal de esta especie, y subiéndose a

la orquesta exclamara con voz atronadora: ¡infortunados humanos!, escuchen la verdad, que habla por mi boca: están oprimidos, tiranizados; son desgraciados, se aburren. ¡Despierten de su letargo!

Ustedes, músicos, comiencen por romper esos instrumentos sobre sus cabezas; que cada cual se arme con un puñal; no piensen ya más en diversiones ni en fiestas; suban a los palcos, degüellen a todo el mundo; que las mujeres hundan también sus manos tímidas en la sangre.

Salgan de acá, están "libres"; arranquen del trono a su rey, y a su Dios de su santuario.

Pues bien: lo que el tigre ha dicho: ¿cuántos de esos hombres tan amables lo ejecutarán? ¿Cuántos de entre ellos pensaban eso mismo antes de la entrada del tigre? ¿Quién lo sabe? ¿Es que no se bailaba en París hace cinco años?

—Joannetti, cierre usted las puertas y las ventanas. No quiero ver la luz; que ningún hombre entre en mi cuarto; póngame el sable al alcance de la mano; váyase usted también y no vuelva a presentarse delante de mí.

33

—No, no; estate aquí, Joannetti; quédate aquí, pobre muchacho; y tú también, Rosina; tú, que adivinas mis penas y las endulzas con tus caricias; ven aquí, Rosina, ven.

34

Mi caída de la diligencia ha hecho al lector el servicio de acortar mi viaje por lo menos una docena de capítulos, porque al levantarme del suelo me encontré junto a la mesa de mi despacho y me faltó tiempo para hacer reflexiones acerca de una porción de estampas y de cuadros que todavía tenía que recorrer y que habrían podido alargar mis excursiones con digresiones pictóricas.

Dejando, pues, a la derecha los retratos de Rafael y de su querida, el caballero de Assas y la pastora de los Alpes, y yendo a lo largo, por la izquierda del lado de la ventana, se descubre la mesa de mi despacho: es el primer objeto y el más notable, en apariencia, que se presenta a las miradas del viajero si se sigue el camino que acabo de indicar.

Unas cuantas tablillas que sirven de biblioteca están dispuestas encima de la mesa, y todo está coronado

por un busto, que es el objeto que más contribuye al embellecimiento del paisaje.

Tirando del primer cajón a la derecha se encuentra una escribanía, papel de todas las clases, plumas ya cortadas, lacre para los sobres. Todo esto le despertaría las ganas de escribir al ser más indolente. Estoy seguro, querida Jenny, que si se te ocurriera abrir este cajón por casualidad, contestarías la carta que te escribí el año pasado. En el cajón correspondiente yacen, confusamente amontonados, los materiales de la historia enternecedora de la prisionera de Pignerol, que pronto leerán, queridos amigos[2].

Entre estos dos cajones hay una rinconera, en la cual echo las cartas a medida que las recibo; allí están todas las que he recibido desde hace diez años; las más antiguas están colocadas en orden, según las fechas, en varios paquetes; las posteriores, las más recientes, están revueltas; me quedan varias que se remontan a mi juventud primera.

¡Qué placer revivir en estas cartas las situaciones interesantes de nuestros años juveniles, de sentirnos transportados de nuevo a aquellos tiempos felices que no volveremos a ver!

---

[2] El autor no ha cumplido su palabra, y si alguna publicación se ha dado a la luz con este título, el autor de *Viaje alrededor de mi habitación* declara que no tiene en ella arte ni parte.

¡Ah, mi corazón desborda! ¡Cómo goza tristemente cuando mis ojos recorren las líneas trazadas por un ser que ya no existe! ¡He aquí su letra, y su corazón guiaba su mano; a mí es a quien escribía esta carta, y esta carta es todo lo que de él me queda!

Cuando meto la mano en este escondrijo, es raro que pueda evadirme de esta ocupación en todo el día. Así es como el viajero atraviesa rápidamente varias provincias de Italia, haciendo de paso algunas observaciones superficiales, para instalarse en Roma durante meses enteros. Es el filón más rico de la mina que estoy explorando. ¡Qué cambio en mis ideas y en mis sentimientos! ¡Qué diferencia en mis amigos! Cuando los examino entonces y hoy, los veo mortalmente agitados por proyectos que ya no les interesan ahora. Considerábamos como una gran desgracia un suceso, pero el final de la carta falta, y el suceso quedó por completo olvidado; no puedo saber de qué se trataba. Mil prejuicios nos asaltaban; el mundo y los hombres nos eran totalmente desconocidos; pero, en cambio, ¡qué efusión en nuestro comercio! ¡Qué lazos más íntimos! ¡Qué confianza sin límites!

Éramos felices por nuestros errores. Y ahora… ¡Ah, ya no es esto! Hemos tenido que leer como los demás en el corazón humano, y, la verdad, cayendo en medio de nosotros como una bomba, ha destruido para siempre el palacio encantado de la ilusión.

35

No dependería más que de mí hacer un capítulo sobre esta rosa seca que ahí está, si el asunto valiera la pena; es un flor del Carnaval del año pasado. Fui yo mismo a cogerla en los invernaderos del Valentín, y a la noche, una hora antes del baile, lleno de esperanza y con una agradable emoción, fui a presentársela a la señora de Haut Castel. La tomó, la puso sobre su traje sin mirarla y sin mirarme a mí. Pero, ¿cómo habría de fijarse en mí? Estaba ocupada en mirarse a sí misma. De pie, frente a un espejo grande, ya peinada, daba el último toque a sus galas; estaba tan completamente preocupada, su atención estaba tan absorbida con las cintas, las gasas y las plumas de todas las clases amontonadas ante ella, que no obtuve ni siquiera una mirada, un gesto. Me resigné; tenía humildemente unos alfileres ya dispuestos, arreglados en mi mano; pero, estando más a su alcance, los cogía de su acerico, y si yo adelantaba mi mano, los

cogía de mi mano indiferentemente, y para cogerlos titubeaba, sin apartar los ojos del espejo, temerosa de perderse de vista.

Tuve durante algún tiempo otro espejo detrás de ella para que examinase mejor su atavío; y reflejándose su fisonomía de uno en otro espejo, vi entonces una perspectiva de coquetas, ninguna de las cuales se fijaba para nada en mí. En fin, ¿tendré que decirlo?, hacíamos mi rosa y yo bien triste figura.

Acabé por perder la paciencia, y, no pudiendo resistir el despecho que me devoraba, dejé el espejo que tenía en la mano y salí encolerizado y sin despedirme.

—¿Se va usted? —me dijo ella volviéndose de lado para ver su talle de perfil. No respondí nada, pero me quedé junto a la puerta unos instantes para saber el efecto que iba a producir mi brusca salida.

—¿No ve usted —decía ella a su doncella después de un breve silencio—, no ve usted que esta toquilla es demasiado ancha para mi talle, sobre todo en la parte de abajo, y que hay que hacer un relleno con alfileres?

Cómo y por qué esta rosa seca se encuentra ahí sobre una tablilla de mi mesa de despacho es lo que no diré seguramente, porque he declarado que una rosa seca no merecía un capítulo.

Noten bien, señoras, que no hago ninguna reflexión sobre la aventura de la rosa seca. No digo en modo alguno que la señora de Haut Castel haya hecho bien o mal en preferir sus galas, ni que yo tuviese el derecho de ser recibido de otro modo.

Me guardo todavía con más cuidado de extraer consecuencias generales sobre la realidad, la fuerza y la duración del cariño de las damas por sus amigos. Me contento con arrojar este capítulo —puesto que lo es—, con arrojarlo, digo, al mundo, con el resto del viaje, sin dirigirlo a nadie y sin recomendárselo a nadie.

Sólo añadiré un consejo para ustedes, señores, y es el de tener bien presente en su espíritu que en un día de baile sus queridas señoras ya no les pertenecen.

Desde el momento en que empieza el tocado, el amante no es ya más que un marido, y sólo el baile se convierte en el amante.

Todo el mundo sabe, por otra parte, lo que sale ganando un marido que pretende hacerse amar a la fuerza; tomen, pues, ese mal con paciencia y a risa.

No se forje usted ilusiones, caballero. Si le ven a usted con agrado en el baile, no es, en modo alguno, en la calidad de amante, puesto que es usted un marido; es porque forma usted parte del baile, y

es usted, en consecuencia, una fracción de su nueva conquista; es usted un decimal de amante; o bien, quizá sea porque baila usted bien y la hará usted brillar; en fin: lo que puede haber más halagador para usted en la buena acogida que ella le dispensa es que confía en que declarando como su amante a un hombre de mérito como es usted excitará la envidia de sus compañeras; sin esta consideración, ni siquiera se acordaría de mirarle a usted.

He aquí, pues, una cosa bien clara: tendrá usted por fuerza que resignarse y esperar a que el papel de marido que representa haya concluido. Más de uno conozco que se daría por muy contento si todo quedara reducido a eso.

36

He prometido un diálogo entre mi alma y la “otra”; pero hay determinados capítulos que se me escapan, o, mejor, hay otros que fluyen de mi pluma a pesar mío y que trastornan mi proyecto: entre estos está el de mi biblioteca, que haré lo más corto posible. Los cuarenta y dos días van a acabar, y un lapso igual no bastaría para terminar la descripción del rico país por el cual viajo tan agradablemente.

Pues mi biblioteca se compone de novelas, esto hay que decirlo; sí: de novelas y de unos cuantos poetas escogidos.

Como si no tuviera bastante con mis males, tengo todavía que tomar parte voluntariamente en los de mil personajes imaginarios, y los siento tan vivamente como los míos. ¡Cuántas lágrimas no habré derramado por esa desgraciada Clarisa y por el amante de Carlota!

Pero si busco fingidas aflicciones, encuentro, en cambio, en este mundo imaginario, la virtud, la bondad, que aún no he encontrado reunidas en el mundo real en que existo. En aquel, encuentro una mujer tal como la deseo: sin caprichos, sin ligerezas, sin disimulo; nada digo de la belleza; pueden fiarse de mi imaginación; la finjo tan bella, que no tiene ninguna tacha. Luego, cerrando el libro que ya no responde a mis ideas, la cojo de la mano y recorremos juntos un país mil veces más delicioso que el mismo Edén.

¿Qué pintor podría representar el paisaje encantador en el cual he puesto la divinidad de mi corazón? ¿Y qué poeta podría jamás describir las sensaciones vivas y variadas que experimento en estas regiones encantadas?

¡Cuántas veces no he maldecido a ese "Cleveland" que se embarca a cada instante en nuevos infortunios que podrían evitarse! Se me hace insufrible ese libro y ese encadenamiento de calamidades; pero si lo abro distraído, tengo que devorarlo hasta el fin.

¿Cómo dejar a ese pobre hombre en medio de los abacúas? ¿Qué sería de él entre esos salvajes? Y menos todavía me atrevo a abandonarle en la excursión que hace para salir de su cautiverio.

En fin, me figuro con tanta intensidad sus penas, me intereso tan vivamente por él y por su familia

infortunada, que la aparición inesperada de los hermanos Rubitons me pone los pelos de punta; un sudor frío me cubre cuando leo ese episodio, y mi espanto es tan vivo, tan real, como si yo mismo tuviese que ser asado y comido por aquella gentuza.

Cuando ya he llorado y he disfrutado del amor bastante, busco a un poeta cualquiera y me encamino de nuevo hacia otro mundo.

37

Desde la expedición de los Argonautas hasta la Asamblea de los Notables, desde los últimos confines de los infiernos hasta la última estrella fija más allá de la Vía Láctea, hasta las lindes del Universo, hasta la puerta del caos, he aquí el vasto campo por el que me paseo de arriba abajo, sin prisas y con toda tranquilidad, pues tengo tiempo y espacio de sobra. A esos sitios es adonde transporto mi existencia, en pos de Homero, de Milton, de Virgilio, de Ossian, etcétera.

Todos los sucesos acaecidos entre estas dos épocas, todos los países, todos los mundos y todos los seres que han existido entre estos dos términos, todo eso es mío, también me pertenecen tan legítimamente como las naves que entraban en el Pireo pertenecían a cierto ateniense.

Me gustan, sobre todo, los poetas que me transportan a la más remota antigüedad: la muerte del

ambicioso Agamenón, las furias de Orestes y toda la historia trágica de la familia de los Atridas, perseguida por el cielo, me inspiran un terror que los sucesos modernos no podrían hacer surgir en mí.

He aquí la urna fatal que contiene las cenizas de Orestes. ¿Quién no se estremecería ante su aspecto? ¡Electra!, infortunada hermana, serénate: es el mismo Orestes quien lleva la urna, y sus cenizas son las de sus enemigos.

No se encuentran ya riberas análogas a las de Janto o Escamandro; no se ven ya llanuras como las de las Hespérides o las de la Arcadia. ¿Dónde están las islas de Lemnos o de Creta? ¿Dónde está el famoso laberinto? ¿Dónde está la roca que Ariadna, abandonada, regaba con lágrimas? Ya no se ven más Teseos, y todavía menos Hércules; los hombres y hasta los héroes de hoy día son unos pigmeos.

Cuando quiero procurarme enseguida una escena de entusiasmo y gozar con todas las fuerzas de mi imaginación me ato audazmente los pliegues de la túnica flotante del sublime ciego de Albión en el momento en que emprende su vuelo hacia el cielo y se atreve a acercarse al trono del Eterno. ¿Qué musa ha podido sostenerle a esa altura, en la cual ningún hombre antes que él había osado poner sus miradas? Desde la maravillosa llanura celeste que el avaro

Mamnón miraba con ojos de envidia me transporto con horror a las vastas cavernas de la mansión de Satanás; asisto al consejo infernal, me mezclo con la multitud de espíritus rebeldes y escucho sus discursos.

Pero tengo que confesar aquí una debilidad que con frecuencia me he reprochado a mí mismo.

No puedo impedirme sentir cierto interés por ese pobre Satanás —hablo del Satanás de Milton— desde que fue de aquel modo arrojado del cielo. Aunque estime censurable la obstinación del espíritu rebelde, confieso que la firmeza que muestra en la desgracia extrema y la grandeza de su valor me obligan a la admiración a pesar mío. Aunque no ignore las desgracias derivadas de la funesta empresa que le llevó a forzar las puertas de los infiernos para venir a perturbar la vida interior de nuestros primeros padres, no puedo, por más que lo intente, desear, ni por un instante, verle perecer en el camino de la confusión, del caos. Hasta creo que le ayudaría de buena gana si no fuera por la vergüenza que me contiene. Sigo todos sus movimientos y hallo tanto placer en viajar con él como si fuera en buena compañía. Por más que vea que, después de todo, es un diablo; que está en camino para perder al género humano; que es un verdadero demócrata, no de los de Atenas, sino de París, todo eso no puede curarme de mi predilección.

¡Qué vasto proyecto! ¡Y qué audacia en la ejecución!

Cuando las espaciosas y triples puertas de los infiernos se abrieron de repente ante él por completo, y cuando el profundo abismo de la nada y de la noche apareció a sus pies en todo su horror, recorrió con una mirada intrépida el sombrío imperio del caos, y, sin vacilar, abriendo sus anchas alas, que habrían podido cubrir un ejército entero, se precipitó en el abismo.

¡A ver quién es el audaz que se atreve a otro tanto! Y es, a mi ver, uno de los bellos esfuerzos de la imaginación y uno de los más hermosos viajes que hayan sido hechos después del viaje alrededor de mi cuarto!

38

No acabaría nunca si me pusiera a describir la milésima parte de los sucesos singulares que me pasan cuando viajo junto a mi biblioteca; los viajes de Cook y las observaciones de sus compañeros, los doctores Banks y Salander, no son nada en comparación con mis aventuras en este distrito único; tanto es así, que creo que pasaría allí mi vida en una especie de encantamiento si no fuera por el busto del que he hablado, sobre el cual mis ojos y mi pensamiento acaban siempre por detenerse, cualquiera que sea la situación de mi alma; y cuando está demasiado violentamente agitada o se abandona a la desesperación, no tengo más que contemplar ese busto para hacerle recobrar su asiento natural: es el "diapasón" al tono del cual pongo el conjunto variable y desacorde de sensaciones y de percepciones que forman mi existencia.

¡Qué parecido es! He aquí, sin duda, los rasgos que la naturaleza había dado al más virtuoso de los

hombres. ¡Ah, si el escultor hubiera podido hacer visibles su alma excelente, su genio y su carácter!

Pero en buena me he metido. ¿Es este el sitio para hacer su elogio? ¿Es a los hombres que me rodean a quienes me dirijo? ¡Eh!, ¿qué les importa?

Me contento con postrarme ante su imagen querida, ¡oh, el mejor de los padres! ¡Ay!, esta imagen es todo lo que me queda de ti y de mi patria; has abandonado la tierra en el momento en que el crimen iba a invadirla, y tales son los males que en este momento nos agobian, que tu familia misma se ve obligada a considerar hoy tu pérdida como un beneficio. ¡Cuántos males te hubiera hecho sentir una vida más larga! ¡Oh, padre mío! ¿La suerte de tu numerosa familia te es conocida en la mansión de la felicidad? ¿Sabes que tus hijos están desterrados de esa patria a la que has servido durante sesenta años con tanto celo e integridad? ¿Sabes que les está prohibido visitar tu tumba? Pero la tiranía no ha podido despojarles de la parte más preciosa de tu herencia: el recuerdo de tus virtudes y la fuerza de tus ejemplos; en medio del torrente criminal que arrastraba a tu patria y a tu fortuna al abismo, han permanecido inalterablemente unidos en el sendero que les habías trazado, y cuando de nuevo puedan arrodillarse antes tus cenizas veneradas, tú no dejarás de reconocerlos siempre.

39

He prometido un diálogo; cumplo mi palabra. Era una mañana, al despuntar el día; los rayos del Sol doraban a la vez la cima del monte Veso y la de las montañas más altas de la isla que está en los antípodas, y ya "ella" se había despertado, ya sea que su despertar prematuro fuese el efecto de las visiones nocturnas que la ponen con frecuencia en una agitación tan fatigosa como inútil, ya sea que el Carnaval, a punto de terminar por aquel entonces, fuese la causa oculta de su despertar; esos días de placer y de locura ejercen una influencia sobre la máquina humana como las fases de la Luna y la conjunción de ciertos planetas. En fin: "ella" estaba despierta cuando mi alma se libró de los lazos del sueño.

Desde hacía ya tiempo, esta participaba confusamente de las sensaciones de la "otra", pero estaba todavía presa de los crespones de la noche y del sueño, y estos crespones le parecían haberse transfor-

mado en gasas, en lienzos, en telas de las Indias. Mi pobre alma estaba como empaquetada en todo este aparejo, y el dios del sueño, para retenerla con más fuerza en su imperio, añadía a sus lazos unas trenzas de cabellos rubios en desorden, nudos de cintas, collares de perlas; daba lástima a quien la hubiese visto tratar de desenredarse de aquellas redes.

La agitación de la parte más noble de mí mismo se comunicaba a la "otra", y esta, a su vez, actuaba poderosamente sobre mi alma. Todo mi ser había llegado a un estado difícil de describir, cuando, por fin, mi alma, sea por sagacidad, sea por azar, encontró la manera de desprenderse de las gasas que la sofocaban. No sé si encontró un resquicio, o si se le ocurrió, sencillamente, levantarlas, lo cual es más natural; el hecho es que encontró la salida del laberinto. Los rizos de cabellos en desorden continuaban allí, pero ya no eran un "obstáculo", sino más bien un "medio"; mi alma se apoderó de él como un hombre que se ahoga se agarra a las plantas de las orillas; pero el collar de perlas se rompió en la refriega, y estas, desprendiéndose, fueron rodando hasta el sofá, y desde allí hasta el pavimento de la señora de Haut Castel; porque mi alma, por una rareza que sería difícil de explicar, se imaginaba hallarse en casa de esta dama; un gran ramo de violetas cayó por el suelo, y mi alma, des-

pertándose al momento, volvió en sí, trayendo en su séquito la razón y la realidad. Como es fácil imaginar, desaprobó enérgicamente todo lo que había pasado en su ausencia, y aquí es donde comienza el diálogo que constituye el asunto de este capítulo.

Nunca había sido tan mal recibida mi alma. Los cargos que se le ocurrió hacer en este momento crítico acabaron de incomodar a la una contra la "otra"; fue aquello una rebelión, una insurrección formal.

"—¿Cómo se entiende? —dijo mi alma—; ¿es así cómo, durante mi ausencia, en vez de reparar sus fuerzas con un sueño tranquilo y ponerse así en buenas condiciones para ejecutar mis órdenes, se le ocurre a usted, *insolentemente* —el vocablo era un poco fuerte—, entregarse a transportes que mi voluntad no ha sancionado?".

Poco acostumbrada a este tono altisonante, la "otra" le respondió con ira:

"—Bien le va a usted, *señora* —para alejar de la discusión toda idea de familiaridad—; bien le va a usted darse tono de decencia y de virtud. ¡Vaya! ¿No es a los desvaríos de su imaginación y a sus extravagantes ideas a lo que debo todo lo que le desagrada a usted de mí? ¿Por qué no estaba usted presente? ¿Por qué había usted de tener el derecho de gozar sin mí de los frecuentes viajes que hace usted sola?

¿He desaprobado yo sus estancias en el empíreo o en los Campos Elíseos, sus conversaciones con las inteligencias, sus sistemas sublimes? ¿Y no habría yo de tener el derecho, cuando usted me abandona de ese modo, de disfrutar de los beneficios que me concede la naturaleza y de los placeres que me presenta?”

Mi alma, sorprendida con tanta viveza y elocuencia, no sabía qué responder. Para hacer las paces, trató de cubrir con el velo de la bondad los reproches que “ella” acababa de permitirse, y a fin de no parecer que daba los primeros pasos hacia la reconciliación, se le ocurrió tomar también el tono de ceremonia: “—*Señora* —dijo a su vez con una cordialidad afectada… (Si el lector ha estimado esta palabra fuera de lugar cuando se dirigía a mi alma, ¿qué dirá ahora, por poco que quiera recordar el motivo de la disputa? Mi alma no se daba cuenta del extremo ridículo de esta manera de hablar, hasta tal punto la pasión obscurece la inteligencia.) —*Señora* —dijo, pues—, le aseguro a usted que nada me sería tan agradable como verla disfrutar de todos los placeres de que sea susceptible su naturaleza, aun cuando yo no participe en ellos, si estos placeres no fueran perjudiciales para usted y si no alterasen la armonía que…”

Al llegar a este punto, mi alma fue interrumpida violentamente:

"—No, no; no me dejo engañar por su bondad afectada: la estancia forzosa que pasamos juntas en este cuarto, por donde viajamos, la herida que he recibido, que por poco me destruye y que sangra todavía, ¿no es todo esto el fruto de su orgullo extravagante y de sus prejuicios bárbaros? Mi bienestar y mi existencia misma no cuentan para nada cuando sus pasiones los arrastran, ¿y pretende usted que se interesa por mí y que los cargos que me hace los inspira su amistad?"

Mi alma comprendió perfectamente que no tenía el papel más airoso; comenzaba, por otra parte, a advertir que el calor de la disputa había suprimido su causa, y aprovechándose de la circunstancia para llevar las cosas por otro lado:

—Hágame un café —dije a Joannetti, que entraba en el cuarto. El ruido de las tazas, atrayendo toda la atención de la "insurrecta", al momento le hizo olvidar todo lo demás. Así es como mostrando cualquier chuchería a los niños se les hace olvidar las frutas malsanas que piden pataleando.

Me quedé dormido insensiblemente mientras se calentaba el agua. Disfrutaba de un placer delicioso, del cual ya he hablado a mis lectores, y que se experimenta cuando uno se siente dormirse. El ruido agradable que hacía Joannetti moviendo la ca-

fetera sobre las rejillas de la chimenea repercutía en mi cerebro y hacía vibrar todas mis fibras sensibles, como la sacudida de un acorde de arpa hace resonar las octavas. En fin: vi como una sombra delante de mí, abrí los ojos: era Joannetti. ¡Ah, qué perfume!, ¡qué agradable sorpresa!: café, leche, un trozo de pan tostado. Querido lector, toma conmigo el desayuno.

40

¡Cuán rico cúmulo de placeres la bondadosa naturaleza ha entregado a los hombres cuyo corazón sabe gozar!, ¡y qué variedad en esos placeres!; ¿quién podrá contar sus innumerables matices en los diversos individuos y en las diferentes edades de la vida? El recuerdo confuso de los de mi infancia me hace todavía estremecer. ¿Trataré de describir lo que siente el adolescente cuyo corazón comienza a abrasarse en el fuego de la pasión? En esa edad candorosa en que todavía se ignora hasta el nombre del interés, de la ambición, del odio y de todas las pasiones vergonzosas que degradan y atormentan a la Humanidad; durante esa edad, ¡ay!, tan breve, el Sol brilla con un esplendor que ya no se encuentra en él más en el resto de la vida. El aire es más puro, las fuentes son más limpias y más frescas, la naturaleza tiene aspectos, las florestas tienen senderos que no se encuentran ya más en la edad madura. ¡Dios eterno!, ¡qué perfumes

irradian esas flores, qué frutos más deliciosos, con qué colores se engalana la aurora! Todas las mujeres son amables y fieles; todos los hombres son buenos, generosos y sensibles; en todas partes encontramos la cordialidad, la franqueza y el desinterés; no existen en la naturaleza más que flores, virtudes y placeres.

¿Es que el transporte del amor y la esperanza de la felicidad no inundan nuestro corazón con sensaciones tan vivas como variadas?

El espectáculo de la naturaleza y su contemplación, en el conjunto de los detalles, abren ante la razón una inmensa carrera de delicias. La imaginación, meciéndose en este océano de placeres, aumenta sin tardanza su número y su intensidad; las sensaciones diversas se unen y se combinan para formar otras nuevas; los sueños de gloria se mezclan con las palpitaciones del amor; el sentimiento del bien marcha al lado del amor propio, que le tiende la mano; la melancolía viene de vez en cuando a echar sobre nosotros su velo solemne de tristeza y a trocar nuestras lágrimas en placeres. En fin: las percepciones del espíritu, las sensaciones del corazón, los mismos recuerdos de los sentidos, son para el hombre fuentes inagotables de placer y de felicidad. Nada tiene, pues, de extraño que el ruido que hacía Joannetti golpean-

do con la cafetera sobre los hierros de la chimenea, y el aspecto imprevisto de una taza de leche, me hayan causado una impresión tan viva y tan agradable.

41

Me puse enseguida mi gabán de viaje, después de haberlo examinado con una mirada de complacencia, y entonces fue cuando resolví escribir un capítulo *ad hoc* para dárselo a conocer al lector. Siendo, por lo general, bastante conocida la forma y utilidad de los gabanes, trataré más especialmente de su influencia sobre el espíritu de los viajeros. Mi gabán de viaje para el invierno está hecho del paño de más abrigo y más blando que me ha sido posible encontrar; me envuelve enteramente desde la cabeza a los pies, y cuando estoy sentado en mi butaca, con las manos en los bolsillos y la cabeza hundida en el cuello del gabán, me parezco a las estatuas de Vishnú, sin pies ni manos, que se ven en las pagodas de la India.

Podrá tacharse, si se quiere, de prejuicio la influencia que yo atribuyo a los gabanes de viaje sobre los viajeros; lo que puedo decir con certeza a este respecto es que me parecía tan ridículo dar un solo

paso en mi viaje alrededor de mi cuarto vestido con mi uniforme y con la espada al cinto como salir a la calle y presentarme en sociedad en bata de casa. Cuando me veo así vestido según la pragmática más rigurosa, no sólo no me encontraría en condiciones de continuar mi viaje, sino que creo que no me sería siquiera posible leer lo que de él llevo escrito hasta ahora, y acaso menos comprenderlo.

Pero, ¿qué tiene esto de extraño? ¿No vemos todos los días personas que se creen enfermas porque no se han afeitado la barba o porque cualquiera tiene la ocurrencia de encontrarles aspecto de enfermo y decírselo? El vestido tiene tanta influencia sobre el espíritu de los hombres, que hay valetudinarios que se encuentran mucho mejor cuando se ven con frac nuevo y peluca empolvada; los hay que engañan de este modo al público y se engañan a sí mismos presentándose siempre con sus vestimentas de gala; y una mañana, cuando menos se piensa, se mueren peinados con todo esmero y su muerte llena de asombro a todo el mundo.

Olvidaban a veces avisar unos días antes al conde de… que le tocaba guardia; un cabo iba a despertarle muy temprano el mismo día que le tocaba y a anunciarle esta triste noticia; pero la idea de levantarse enseguida, ponerse las polainas y salir de esta

manera sin haber pensado en ello la víspera le trastornaba de tal modo, que prefería enviar recado de que estaba enfermo y no salir de su casa. Se ponía, pues, su bata y despedía al peluquero; esto le procuraba un aspecto pálido, enfermo, que alarmaba a su mujer y a toda la familia. Él mismo se notaba realmente un poco estropeado aquel día.

Se lo decía así a todo el mundo, en parte por sostener lo que se le había metido en la cabeza y en parte también porque creía estar malo de verdad. Insensiblemente, la influencia de la bata operaba; los caldos que había tomado de buena o mala gana le producían náuseas; no tardaban los parientes y amigos en enviar a preguntar noticias de su salud; no era necesario tanto para decidirle a meterse en la cama.

Por las noches, el famoso doctor turinés Rauson lo encontraba con el pulso agitado y mandaba que le sangrasen al día siguiente. Si el servicio hubiese durado un mes más, habría dado buena cuenta del enfermo.

¿Quién podría poner en duda la influencia de los gabanes de viaje sobre los viajeros por poco que reflexione que el pobre conde de… estuvo a punto más de una vez de hacer el viaje al otro mundo sólo por haberse puesto la bata sobre este cuando no era ocasión?

42

Estaba yo sentado junto al fuego, después de comer, envuelto en mi gabán de viaje, entregado voluntariamente a su influencia, en espera de la hora de la marcha, cuando los vapores de la digestión, remontándose a mi cerebro, obstruyeron de tal modo los caminos que siguen las ideas para llegar hasta él viniendo de los sentidos, que toda comunicación quedó interceptada; y del mismo modo que mis sentidos no transmitían ya más ninguna idea a mi cerebro, este, a su vez, no podía tampoco enviar ya más el fluido eléctrico que los anima y merced al cual el ingenioso doctor Valli resucita ranas muertas.

Fácilmente se concebirá después de haber leído este preámbulo por qué mi cabeza cayó sobre mi pecho y cómo los músculos de los dedos índice y pulgar de mi mano derecha, no estando ya más irritados por dicho fluido, se aflojaron hasta el punto de que un tomo de las obras del marqués Caraccioli, que tenía

sujeto entre dichos dedos, se soltó sin que lo notara y cayó sobre el fuego.

Acababa de recibir visitas, y mi conversación con las personas que se habían marchado había versado sobre la muerte del famoso médico Cigna, que había muerto por aquellos días y cuya muerte era universalmente sentida; era sabio, laborioso, buen físico y excelente botánico. El mérito de este hombre hábil ocupaba mi pensamiento, y, sin embargo, me decía a mí mismo: si me fuera permitido invocar las almas de todos los que ha podido enviar al otro mundo, ¿quién sabe si su reputación no habría de sufrir algún reparo?

Me iba derecho, insensiblemente, a una disertación sobre la medicina y sobre los adelantos que ha hecho desde los tiempos de Hipócrates. Me preguntaba si los personajes famosos de la antigüedad que han muerto en la cama, como Pericles, Platón, la célebre Aspasia y el mismo Hipócrates, habían muerto, como gentes ordinarias, de una fiebre pútrida, inflamatoria y gangrenosa; si los habían sangrado y atiborrado de menjunjes medicinales.

Decir por qué pensaba yo en estos cuatro personajes, en vez de otros cualquiera, es lo que no me sería posible. ¿Quién puede explicar razonablemente un sueño? Todo cuanto puedo decir es que fue mi

alma quien evocó al doctor de Cos, al de Turín y al famoso hombre de Estado que realizó tantas cosas buenas y cometió faltas tan grandes.

Pero en cuanto a su elegante amiga, confieso humildemente que fue la “otra” quien la llamó. Sin embargo, cuando pienso en ello, tendría la tentación de sentir un pequeño movimiento de orgullo, puesto que es claro que en este sueño el platillo de la balanza se inclinaba a favor de la razón en proporción de cuatro contra uno. Lo cual es mucho tratándose de un militar de mis años.

Sea como sea, mientras me entregaba a estas reflexiones, mis ojos acababan de cerrarse y me dormí profundamente; pero al cerrar los ojos, la imagen de los personajes en los cuales estaba pensando permaneció impresa sobre ese lienzo fino que llamamos memoria, y mezclándose estas imágenes en mi cerebro con la idea de la evocación de los muertos, pronto vi llegar, unos detrás de otros, a Hipócrates, Platón, Pericles, Aspasia y el doctor Cigna con su peluca.

Los vi a todos sentarse en las sillas que estaban colocadas en torno a la chimenea; sólo Pericles permaneció de pie para leer los periódicos.

“—Si los descubrimientos de que me habla usted fueran verdad —decía Hipócrates al doctor—, y si hubieran sido tan útiles a la medicina como usted

pretende, yo habría visto disminuir el número de los hombres que descienden cada día al sombrío Averno, y cuya lista habitual, según los registros de Minos que yo mismo he verificado, es constantemente la misma que antes.”

El doctor Cigna se volvió hacia mí: “—¿Habrá usted oído, sin duda, hablar de estos descubrimientos? —me dijo—. ¿Conoce usted el de Harvey sobre circulación de la sangre, el del inmortal Spallanzani sobre la digestión, cuyo mecanismo conocemos ahora por completo?”. E hizo una larga relación de todos los descubrimientos referentes a la medicina y de la multitud de remedios que se deben a la química; hizo, en fin, un discurso académico a favor de la medicina moderna.

“—¿Habré de creer —le respondí entonces— que estos grandes hombres ignoran lo que acaba usted de decirles, y que su alma, libertada de los lazos de la materia, encuentra algo que permanece obscuro en toda la naturaleza? ¡Ah, cuán grande es su error! —exclamó el protomédico del Peloponeso—. ¡Los misterios de la naturaleza permanecen ocultos tanto para los muertos como para los vivos; el que todo lo ha creado y todo lo dirige es el único que sabe el gran secreto que los hombres se esfuerzan en vano por comprender; he aquí lo que aprendemos

en las orillas del Estigia; y, ya puede usted —añadió dirigiéndose al doctor—, despojarse de ese *sprit de corps*, que usted arrastra de su estadía en la mansión de los mortales; y puesto que los trabajadores de mil generaciones y todos los descubrimientos de los hombres no han podido prolongar por un solo instante su existencia; puesto que Carón transporta cada día en su barca la misma cantidad de sombras, ¿a qué cansarnos en defender un arte que en el reino de los muertos en que estamos ni siquiera sería útil a los médicos?" Así habló el famoso Hipócrates, con gran asombro mío.

Se sonrió el doctor Cigna, y como a los espíritus no les sería posible negarse a la evidencia ni callar la verdad, no sólo se mostró conforme con Hipócrates, sino que hasta confesó, ruborizándose, al modo de las inteligencias, que siempre en el fondo lo había creído así.

Pericles, que se había aproximado a la ventana, dio un gran suspiro, cuya causa adiviné. Leía en mi ejemplar de *Le Moniteur Universel* que se anunciaba la decadencia de las artes y de las ciencias; veía a sabios ilustres dejar a un lado sus especulaciones sublimes para inventar nuevos crímenes, y se estremecía al oír a una horda de caníbales compararse con los héroes de la generosa Grecia, haciendo perecer en el

cadalso, sin vergüenza y sin remordimientos, a ancianos venerables, a mujeres, a niños, y cometiendo a sangre fría los crímenes más atroces y más inútiles.

Platón, que había escuchado en silencio nuestra conversación, viendo que terminaba de pronto de una manera inesperada, tomó a su vez la palabra: "—Entiendo que —nos dijo— los descubrimientos que han hecho sus grandes hombres en todos los ramos de la física son inútiles a la medicina, que no podrá jamás cambiar el curso de la naturaleza si no es a expensas de la vida de los hombres; sin embargo, no será lo mismo, sin duda, en cuanto a las investigaciones que se han hecho en la política. Los descubrimientos de Locke acerca de la naturaleza del espíritu humano, la invención de la imprenta, las observaciones acumuladas sacadas de la historia, tantos libros profanos que han difundido la ciencia entre el pueblo, tantas maravillas, en fin, ¿habrán contribuido, sin duda, a hacer a los hombres más buenos, y a que exista hoy aquella república feliz y sabia que yo había imaginado, y que el siglo en el cual yo vivía me había hecho considerar como un sueño impracticable?".

Al oír esta pregunta, el buen doctor bajó los ojos y no respondió más que con sus lágrimas; luego, al enjugárselas con el pañuelo, hizo involuntariamente dar vuelta a su peluca, de manera que una parte de

su rostro quedara oculta. "—Por los dioses inmortales —dijo Aspasia lanzando un grito agudo—, ¡qué extraña figura! ¿Es acaso un descubrimiento de sus grandes hombres lo que les ha hecho imaginar cubrirse así la cabeza con el cráneo de otro?"

Aspasia, a la cual hacían bostezar las disertaciones de los filósofos, había cogido un periódico de modas que había sobre la chimenea, y que hojeaba hacía rato, cuando la peluca del médico le hizo lanzar esta exclamación; y como la silla estrecha y vacilante sobre la cual estaba sentada le resultaba muy incómoda, había puesto, sin andarse con cumplidos, sus dos piernas desnudas, adornadas con anchas cintas, sobre la silla de paja que estaba entre ella y yo, y apoyaba el codo sobre uno de los anchos hombros de Platón.

"—No es un cráneo —le respondió el doctor cogiendo su peluca y tirándola al fuego—; es una peluca, señorita, y no sé por qué no he arrojado este adorno ridículo en las llamas del Tártaro al llegar donde estaban; pero las ridiculeces y los prejuicios son tan inherentes a nuestra miserable naturaleza, que nos acompañan todavía algún tiempo más allá de la tumba." En cuanto a mí, yo sentía un placer singular al ver al doctor abjurar de este modo a la vez de la medicina y de las pelucas.

"—Le aseguro a usted —le dijo Aspasia— que la mayor parte de los peinados que están reproduci-

dos en el cuaderno que estoy hojeando merecerían la misma suerte que el de usted; hasta tal punto son extravagantes." La hermosa ateniense se divertía extraordinariamente mirando aquellas estampas, y se asombraba con razón de la variedad y de lo estrafalario de los atavíos modernos. Una figura entre todas le llamó la atención: era la de una joven dama representada con un peinado de los más elegantes, y que Aspasia encontró demasiado alto; pero el pedazo de gasa que cubría la garganta era de una amplitud tan extraordinaria, que apenas si dejaba ver la mitad de la cara; Aspasia, no sabiendo que estas formas prodigiosas no eran más que obra del almidón, no pudo evitar mostrar una extrañeza que se habría redoblado en sentido contrario si la gasa hubiera sido transparente.

"—Pero díganme ustedes —dijo— por qué las mujeres de hoy día parecen más bien llevar vestidos para taparse que para vestirse; apenas si dejan ver el rostro, por el cual sólo puede reconocerse su sexo: de tal modo las formas del cuerpo están desfiguradas, envueltas por los pliegues estrambóticos de las telas.

"De todas las figuras que están representadas en estas hojas, ninguna deja al descubierto la garganta, los brazos y las piernas. ¿Cómo es que sus jóvenes guerreros no han tratado de destruir semejante

costumbre? Aparentemente —añadió—, la virtud de las mujeres de hoy día, que se muestra en toda su indumentaria, ¿excede con mucho a la de mis contemporáneos?" Al decir esto, Aspasia me miraba y parecía pedirme una contestación. Yo me hice el desentendido, y para darme aires de distinción empujé sobre las brasas con las tenazas los residuos de la peluca del doctor que habían escapado del fuego. Advirtiendo después que una de las cintas que ajustaban una sandalia de Aspasia se había desatado: "—Permítame, usted —le dije—, mujer seductora", y diciendo esto, me bajé con viveza, llevando mis manos hacia la silla sobre la cual creía yo ver aquellas dos piernas que hicieron en otro tiempo perder el sentido a grandes filósofos.

Estoy persuadido de que en este momento me faltaba poco para llegar al verdadero sonambulismo, porque el movimiento de que hablo fue real y positivo; pero Rosina, que estaba, en efecto, tendida en la silla, creyó que aquel movimiento se dirigía a ella y, saltando con ligereza a mis brazos, volvió a sumir en los infiernos las sombras famosas evocadas por mi gabán de viaje.

País encantador de la imaginación, que el ser bienhechor por excelencia ha otorgado a los hombres para consolarlos de la realidad, es preciso que me despida de ti. Hoy es el día en el cual ciertas personas

de las cuales dependo pretenden volverme a la libertad, como si me la hubieran quitado, como si estuviera en su poder arrebatármela un solo instante e impedirme recorrer a mi antojo el vasto espacio siempre abierto ante mí. Me han prohibido ir y venir en una ciudad, en un punto; pero me han dejado el universo entero; la inmensidad y la eternidad están a mis órdenes.

Es, pues, hoy cuando recobro la libertad , o, más bien, cuando voy a volver a encadenarme. El yugo de los negocios va de nuevo a pesar sobre mí. No daré un solo paso que no esté medido por los formulismos consagrados y por el deber. ¡Feliz todavía si alguna diosa caprichosa no me hace olvidar unos y otro, y si puedo escaparme de este nuevo y peligroso cautiverio!

¡Eh! ¿Por qué no me habían de dejar terminar mi viaje? ¿Era acaso para castigarme por haberme confinado en mi cuarto, en esta comarca deliciosa que encierra todos los bienes y todas las riquezas del mundo? Tanto valdría desterrar a un ratón en un granero.

No obstante, nunca me he dado cuenta más claramente de que soy “doble”. Mientras echo de menos mis goces imaginarios, me siento consolado por fuerza: un poder secreto me arrastra; me dice que tengo necesidad del aire, del cielo, y que la soledad se parece a la muerte. Heme aquí dispuesto; mi puerta

se abre; vago errante bajo los espaciosos pórticos de la calle del Po; mil fantasmas agradables revolotean ante mis ojos. Sí; he aquí aquel hotel, aquella puerta, aquella escalera; me estremezco por anticipado.

Así es como se siente, antes de catarlo, un gusto ácido al cortar un limón para comerlo.

¡Oh, mi bestia, mi pobre bestia, cuidado con lo que haces!



NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

La traducción en la que se basó esta versión de V*iaje alrededor de mi habitación* es de Nicolás Salmerón y García, en una edición de este libro publicada —en la Colección Austral— por Espasa-Calpe en Buenos Aires, en 1950 (con el título de "Viaje alrededor de mi cuarto"). Para una mejor comprensión y disfrute de este libro, se ajustó y corrigió esta traducción.

LIBRO AL VIENTO

Colección Universal
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS DEL PROGRAMA

85 Lazarillo de Tormes
Anónimo

86 ¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas?
Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana
Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández BEF, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito

87 Las aventuras de Pinocho
Historia de una marioneta
Carlo Collodi
Traducción de Fredy Ordóñez

88 Recetario santafereño
Selección y prólogo de Antonio García Ángel

89 Cartas de tres océanos 1499-1575
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 Quillas, mástiles y velas
Textos portugueses sobre el mar

91 Once poetas brasileros
Selección y prólogo de Sergio Cohn
Traducción de John Galán Casanova

92 Recuerdos de Santafé
Soledad Acosta de Samper

93 Semblanzas poco ejemplares
José María Cordovez Moure

94 Fábulas de Samaniego
Félix María Samaniego

95 Cocorobé: cantos y arrullos del Pacífico colombiano
Selección y prólogo: Ana María Arango

96 Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536-1731)
Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 Bogotá contada
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

98 Poesía satírica y burlesca
Francisco de Quevedo

99 Diez cuentos peruanos
Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 Tres cuentos y una proclama
Gabriel García Márquez

101 Crónicas de Bogotá
Pedro María Ibáñez

102 De mis libros
Álvaro Mutis

103 Carmilla
Sheridan Le Fanu
Traducción de Joe Broderick

104 Caligramas
Guillaume Apollinaire
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 Fábulas de La Fontaine
Jean de La Fontaine

106 Breviario de la paz

107 Tres cuentos de Macondo y un discurso
Gabriel García Márquez

108 Carta sobre los ciegos para uso de los que ven
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 Bogotá contada 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 50 poemas de amor colombianos

111 El matadero
Esteban Echeverría

112 Bicicletario

113 El castillo de Otranto
Horacio Walpole

114 La gruta simbólica

115 Fábulas de Iriarte
Tomás de Iriarte

116 Once poetas holandeses
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.
Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 Siete retratos
Ximénez

118 Bogotá contada 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres

119 Guadalupe años sin cuenta
Creación Colectiva Teatro La Candelaria

120 «Preludio» seguido de «La casa de muñecas»
Katherine Mansfield
Traducción de Erna von der Walde

121 Sylvie, recuerdos del Valois
Gérard de Nerval
Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 Once poetas franceses
Selección y prólogo de Anne Louyot
Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona
Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre
Federico García Lorca

125 Maravillas y horrores de la Conquista
Comentarios y notas de Jorge O. Melo

126 Bogotá contada 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 La historia del buen viejo y la bella señorita
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis
Santiago de Liniers & Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero –Klim–, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 Once poetas argentinos
Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 Bogotá contada 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo

134 La dicha de la palabra dicha
Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda

135 El horla
Guy de Maupassant
Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 Hip, hipopótamo vagabundo
Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago Guevara

137 Shakespeare: una indagación sobre el poder
Estanislao Zuleta

138 Versiones de la Independencia

139 Cuentos míticos del sol, la aurora y la noche
Teófilo Braga

140 Fábulas de Tamalameque
Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng

141 Cancionero de Rock al Parque

142 Bogotá contada 6
Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez

143 «Naricita impertinente» y «La finca del pájaro carpintero amarillo»
Monteiro Lobato
Traducción de Mariana Serrano Z.
Ilustradas por Sindy Elefante

144 Novela de ajedrez
Stefan Zweig
Traducción de David Alvarado-Archila

145 Relatos de fantasmas
Edith Wharton
Traducción de Juan Manuel Caycedo

146 Al amparo del bosque
Antología colombiana de poesía homoafectiva - Investigación y compilación de Omar Ardila

147 Trece relatos nórdicos
Varios autores

148 De sobremesa
José Asunción Silva

149 Diez cuentos del Decamerón
Giovanni Boccaccio

150 Viaje alrededor de mi habitación
Xavier de Maistre



COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca
y deja volar tu imaginación.





Viaje alrededor de mi habitación fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento cincuenta, y se imprimió en el mes de octubre del año 2020 en Bogotá.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.

«Escribió el conde aquel libro —obra maestra de la levedad— a la manera de un relato autobiográfico en el que alguien, con la excusa, por ejemplo, de describir su escritorio, cuenta básicamente el asombro de ver más».

Enrique Vila-Matas

Clásicos de siempre de la literatura

LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

El Instituto Distrital de las Artes - Idartes le recuerda que este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

«No acabaría nunca si me pusiera a describir la milésima parte de los sucesos singulares que me pasan cuando viajo junto a mi biblioteca».

Xavier de Maistre







